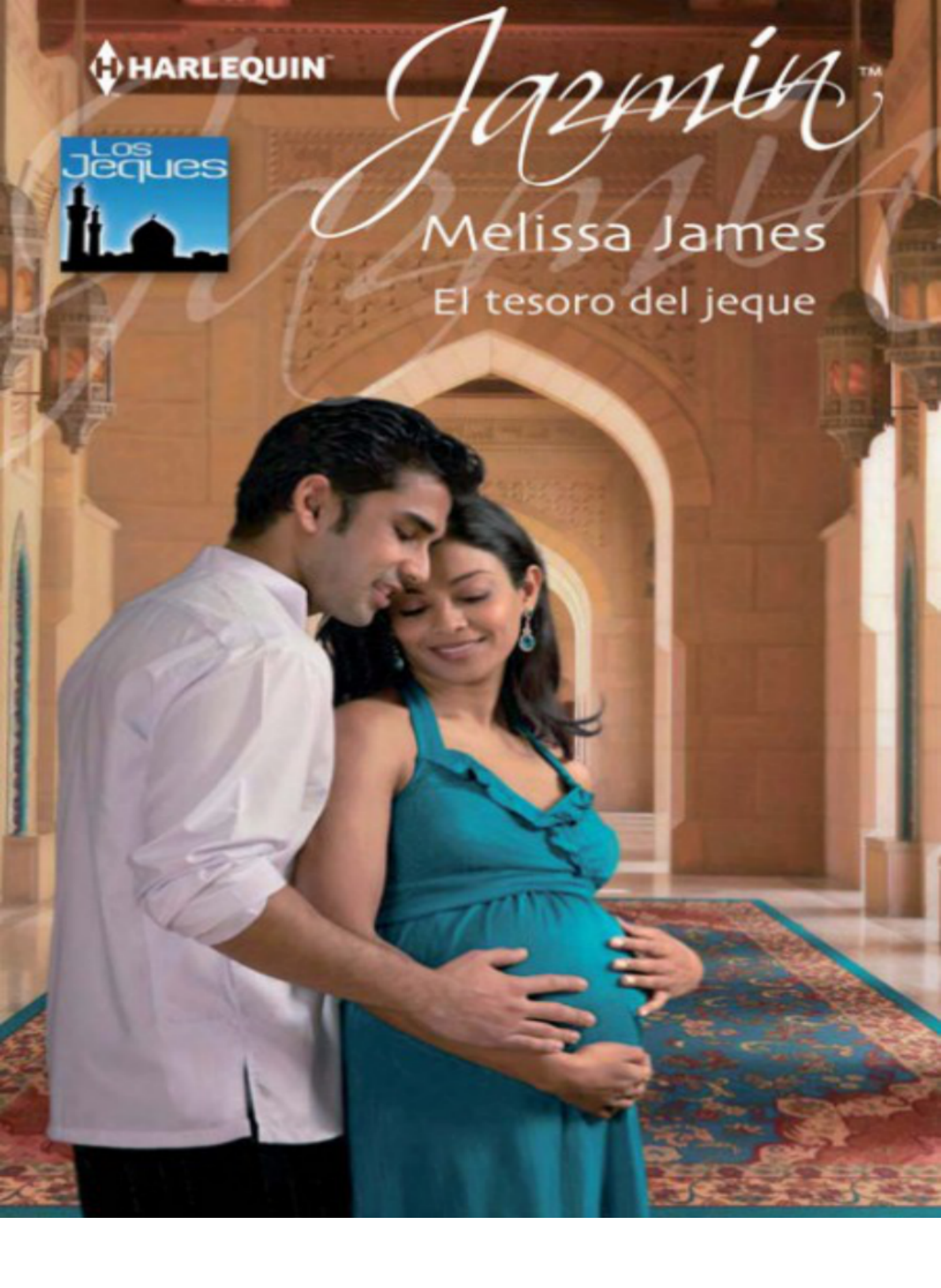

HARLEQUIN
Jazmín
Los Jeques
Melissa James
El tesoro del jeque

Editados por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

EL TESORO DEL JEQUE, N.º 2499 - Febrero 2013

Título original: The Sheikh's Jewel

Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Publicada en español en 2013

Salvar un matrimonio… por el bien de una nación Con la muerte de su prometido y el futuro de dos pueblos en peligro, Amber no tuvo otra opción que casarse con el hermano de su novio y heredero, el serio jeque Harun El-Kanar. Durante tres años intentó que su matrimonio funcionase. Harun era muy sexy, pero estaba encerrado en sí mismo, dolido y asediado por las responsabilidades de una nación con problemas. Entonces fueron secuestrados. ¿Sería esa la última oportunidad de Amber para demostrarle a Harun que podía ser una esposa de verdad y, tal vez, la joya de su corona?

Capítulo 1

Sar Abbas, capital de Abbas al-Din
Tres años antes

–¿Es una broma?

Sentada muy recta en un mullido sillón, vestida de luto, Amber el-Qurib miró a su padre con incredulidad.

–Por favor, padre, dime que es una broma –le pidió, a pesar de saber que era inútil.

Su padre, el jeque Aziz de Araba Numara, la Tierra del Tigre, también iba de luto, pero su expresión era serena. Ya había llorado bastante el primer día, al llevarse la misma sorpresa que todo el mundo, después solo había derramado alguna decorosa lágrima durante el funeral de Fadi.

–¿Cómo voy a bromear acerca de tu futuro, Amber? ¿Cómo voy a jugar con una decisión tan importante para nuestra nación? –dijo en tono casi triste.

Y Amber pensó que se lo tenía que haber imaginado. Siempre había sido un buen padre, pero nunca lo había oído hablar en tono de broma acerca del bienestar de Araba Numara.

–Solo hace seis semanas que ha muerto mi prometido –se obligó a decir Amber, a pesar de tener un nudo en la garganta.

Fadi había acompañado a su hermano pequeño, Alim, en un único rally. La participación de los dos jeques en la carrera había causado júbilo y había despertado el interés de los medios de comunicación por Abbas al-Din, lo mismo que la próxima boda.

Incluso en esos momentos, seguía pareciendo surrealista. ¿Cómo era posible que Fadi estuviese muerto y cómo iba a casarse ella con su hermano al mes siguiente, tal y como quería su padre? ¿Cómo iba a hacerlo, si Alim todavía estaba luchando por sobrevivir a las quemaduras de segundo y tercer grado que había sufrido?

–No es… decente –intentó decir con convicción.

Y cuando su padre suspiró y la miró fijamente, de un modo que Amber siempre había odiado, ella supo que, como de costumbre, había algo en lo que no había pensado.

–Hay cosas más importantes que lo que puedan pensar los demás. Ya sabes cómo es esto, Amber.

Esta entendió lo que quería decir su padre. Tanto en su país como en el de Alim había habido muchas protestas tras la repentina muerte del jeque Fadi. El querido líder de Abbas al-Din había fallecido antes de casarse y de tener un hijo legítimo, y el pueblo de Amber se había quedado sin una unión que iba a vincularlo a una nación más fuerte y

rica que la suya.

En esos momentos, era de vital importancia que ambas naciones encontrasen la estabilidad. El pueblo necesitaba volver a estar esperanzado. Araba Numara necesitaba tener una conexión permanente con Abbas al-Din, y el pueblo de Fadi necesitaba saber que la familia el-Kanar tendría un heredero.

Amber volvió a limpiarse los ojos y maldijo a Fadi, que había arriesgado su vida una semana antes de la boda. Ambos habían sabido que no estaban enamorados, pero miles de matrimonios habían empezado con mucho menos que el respeto y el aprecio que ellos se tenían. Podrían haber conseguido que funcionase. Pero en esos momentos estaban empezando a circular rumores. Amber había tenido que oír algunas insinuaciones muy impertinentes de boca de criados y también de ministros. Y las habría aguantado si ella misma no tuviese tantas dudas y tantos miedos.

Había sabido que Fadi no estaba contento con su próximo matrimonio, pero ¿era posible que hubiese arriesgado su vida para evitar casarse con ella?

Era evidente que ninguno de los dos había estado enamorado, pero eso no era nada fuera de lo común. Fadi había estado enamorado de su amante, la que en esos momentos era en realidad su viuda y la madre de su hijo. Y había dejado a su país sin líder por culpa de la única decisión impulsiva que había tomado en toda su vida. Alim era el siguiente heredero que quedaba al trono, y todavía estaba luchando por sobrevivir.

–¿Amber? –le dijo su padre–. La dinastía tiene que continuar, y lo antes posible.

–¡Pues que la continúe otra! Yo ya he hecho suficiente.

–¿A quién sugieres? Maya todavía no tiene diecisiete años. Nafisah solo tiene catorce y Amal, doce. Y tus primas son igual de jóvenes –argumentó su padre–. Tú eres la mayor y estás destinada a casarte con un miembro de la familia el-Kanar. Todo, la tradición, las leyes, el honor y el bien de tu familia, exige que aceptes este ofrecimiento.

Avergonzada y furiosa al mismo tiempo, Amber apretó los labios. ¿Por qué tenía que cargar ella con tanto peso? Deseó gritarle a su padre que solo tenía diecinueve años.

¿Por qué tenía que aceptar todas las responsabilidades mientras otros se divertían? Alim había eludido sus responsabilidades durante años, buscando la fama y el dinero en los circuitos de carreras, mientras que Fadi y su hermano pequeño, de cuyo nombre no se acordaba, habían hecho todo el trabajo. Sí, Alim era famoso en todo el mundo y eso había proporcionado mucha riqueza a su nación, gracias a su trabajo como geólogo en estudios y excavaciones.

Y entonces Amber se dio cuenta de a quién estaría rechazando.

Aunque casarse tan pronto después de haber perdido a un amigo la repugnaba, el hombre con el que debía casarse no le causaba ninguna repulsión.

Su padre le puso una mano en el hombro y ella consiguió no apartarse gracias a los muchos años de formación, sabiendo que aquel gesto de afecto solo tenía la intención de hacer que dejase de discutir. Para las mujeres de su clase, las emociones eran un lujo que solo podían permitirse entre otras mujeres.

–Ya sabes cómo son las cosas, Amber. Necesitamos este matrimonio. ¿Qué más te da, casarte con un hermano o con otro? Casi no conocías a Fadi cuando os prometimos. Solo viniste aquí dos meses antes de que muriese, y él estuvo casi todo el tiempo trabajando, o fuera.

Amber se ruborizó y tuvo que bajar la vista. «Qué alfombra tan bonita», pensó, pero mirase lo que mirase, no pudo evitar recordar adónde había ido Fadi siempre que había tiempo libre: a ver a su amante. Y siempre había vuelto con el olor de Rafa en su piel, disculpándose y diciéndole que no volvería a verla cuando estuviesen casados, promesa que le había hecho con tristeza en la mirada.

Amber notó cómo las sombras del pasado la envolvían. Sabía quién tenía la culpa de la muerte de Fadi. El dulce y bueno de Fadi, que siempre había hecho lo correcto, incluido acceder a casarse con ella por motivos políticos a pesar de estar locamente enamorado de una mujer inapropiada, una criada… y ella, que también había tenido sentimientos por otro, aunque fuese en secreto. Y nadie lo sabía, salvo las tres personas cuyas vidas se estaban destrozando.

Sabía que Fadi jamás le habría deseado nada malo, pero, si hubiese sido ella la que hubiese fallecido, habría podido seguir con Rafa, al menos durante un tiempo, hasta que le hubiesen buscado a otra esposa por motivos políticos.

Estaba dolida por la pérdida del dulce soberano, por la pérdida de un amigo. Fadi había entendido cómo se sentía y la había consolado, había sido como la suave luz de la luna en la oscuridad de Amber. Por eso se sentía mal, porque, de repente, le emocionada pensar que lo que sentía su corazón ya no era algo prohibido.

«Fadi, me importabas. Lo siento mucho, pero eras el único que comprendía…».

–¿Todavía estoy de luto y esperas que me case con su hermano, que todavía está en el hospital? ¿No crees que va a dar la sensación de que estás desesperado? –farfulló, deseando tener algo mejor que decir, deseando no estar tan emocionada–. ¿Por qué no le preguntas a Alim si no quieres esperar un par de meses a que nos casemos?

–No vas a casarte con Alim –la interrumpió su padre con brusquedad.

Amber levantó el rostro.

–¿Qué?

–Lo siento, querida –le dijo su padre en voz baja–. Alim desapareció del hospital anoche. Es evidente que se niega a ocupar el puesto de Fadi y casarse contigo. Y dudo que vuelva en mucho tiempo, si es que lo hace.

A Amber le entraron ganas de gruñir, pero no lo hizo porque las mujeres de su clase no gruñían, ni siquiera aunque el hombre que les gustaba hubiese huido de ellas. Consiguió controlarse.

–¿Adónde ha ido? ¿Cómo ha conseguido escapar?

–Poco después de despertar, Alim utilizó su jet privado y a su equipo médico del circuito para que lo ayudasen a trasladarse, pensamos que a un hospital en Suiza. Todavía tiene que recuperarse, pero creo que es evidente que no piensa volver cuando lo haya hecho.

–Supongo que estaba desesperado por escapar de mí –murmuró ella.

–Dudo que haya sido algo personal, querida. Casi no te conoce. Yo sospecho que ha sido más bien una cuestión de principios, o una reacción causada por el dolor. Cosa comprensible, teniendo en cuenta su papel en la muerte de Fadi… Supongo que ha debido de ser horrible, despertar y saber que su hermano había muerto, y no ha debido soportar la idea de quedarse con su puesto y con su futura esposa también.

–Es cierto –dijo ella en tono amargo.

–Como no me lo preguntas, te lo diré yo. El hermano pequeño, Harun, va a ser el heredero al trono y ha accedido a casarse contigo.

–¡Cómo no! –replicó ella, dolida por el rechazo–. Así que después de que el primer y el segundo hermano me hayan rechazado, ¿se supone que debo casarme con el tercero con una sonrisa en los labios? ¿Tengo que aceptar que se me humille, padre?

–Tendrás que aceptar lo que yo decida, Amber –le respondió su padre en tono helado–. Y deberías estar agradecida de que haya pensado tanto en tu matrimonio.

–Muchas gracias, padre. Tengo que agradecerte que no me devuelvas y que me hayas encontrado otro dueño a pesar de que los demás me hayan rechazado.

–Ya basta –dijo su padre–. Eres una mujer bella. Muchos hombres habrían deseado casarse contigo, pero elegí a los hermanos el-Kanar porque son hombres buenos de verdad.

–Ah, sí. Eso ya lo sé –replicó ella–. Por desgracia para mí, son hombres buenos de verdad que harían cualquier cosa por evitarme. ¿Tan repulsiva soy, padre? ¿Qué es lo que me pasa?

–Veo que tienes la necesidad de liberar tus… sentimientos –dijo su padre con desaprobación–, pero no estamos en casa, Amber. Las

mujeres de la realeza no gritan ni sufren ataques de nervios.

–No me puedo creer que el único hermano que queda haya accedido a arriesgarse –insistió ella–. Tal vez debieras ofrecerle a una de mis hermanas, porque parece que todos los hombres el-Kanar me tienen alergia.

–Lord Harun ha expresado su deseo de casarse contigo, Amber –le aseguró su padre.

–Oh, qué nobleza la del hermano número tres, que va a asumir las responsabilidades no deseadas de sus hermanos mayores, cuando otros no son capaces de hacerlo.

–Amber –la reprendió su padre–. Ya basta. Tu futuro marido tiene un nombre. No lo avergüences a él, ni a nuestra familia, con tus modales. ¡Ya ha perdido suficiente!

Ambar sabía qué era lo que se esperaba de ella.

–Lo siento, padre. Me comportaré como es debido –le dijo, respirando hondo para tranquilizarse–. Eso estaba fuera de lugar. No tengo nada en contra de lord… Harun. Lo siento.

–Deberías disculparte –le dijo su padre con desaprobación, en tono frío–. Harun solo tenía ocho años cuando su padre falleció en un accidente aéreo, y su madre murió tres meses después. Lleva seis semanas llorando la pérdida de un hermano que ha sido como un padre para él, y no ha podido dejar su trabajo para estar en el hospital con su otro hermano, que es su único pariente y estaba luchando por salvar su vida. Con tantas familias deseando ocupar su puesto, Harun ha tenido que asumir el puesto de jeque y dirigir el país en nombre de Alim, sin saber si este iba a sobrevivir. Ahora, está completamente solo frente a la responsabilidad de gobernar una nación y de casarse contigo, y todo, mientras sigue de luto. Ha perdido a toda su familia. ¿Tan difícil te resulta dejar de burlarte de él, comportarte como una mujer y ayudarlo cuando más lo necesita?

Amber se ruborizó, avergonzada. Ella había perdido mucho, pero Harun había sufrido mucho más.

–De verdad que lo siento, padre. Es solo que… es tan callado –intentó explicarse–. Nunca habla conmigo, salvo para darme los buenos días o las buenas noches. Casi ni me mira. Es un extraño y me tengo que casar con él dentro de un mes. ¿No podríamos tener algo de tiempo para conocernos antes?

–No, tenéis que casaros ya –le dijo su padre en tono triste–. Los tiburones lo están rondando, y sabes la inestabilidad que reina en toda la región del Golfo desde hace un par de años. La familia el-Shabbat reinó hace siglos, hasta que la locura de Muran condujo al golpe de Estado que le dio el poder a Aswan, del clan de el-Kanar, hace doscientos cincuenta años. Los líderes de el-Shabbat creen que los integrantes del clan de el-Kanar son unos intrusos, y si tienen la

posibilidad de hacerse con el control del ejército y matar a los demás miembros de la familia, lo harán.

Amber se llevó una mano a la boca. No había pensado que la situación fuese tan drástica.

–¿Matarían a lord Harun?

Su padre asintió.

–Y a Alim también, ahora que está tan débil. Es bueno que nadie sepa dónde está exactamente. Con solo un médico o una enfermera corruptos y una dosis de veneno, la familia el-Shabbat volvería a gobernar Abbas al Din, una nación mucho más rica y estable ahora que cuando ellos estuvieron en el poder.

–Ya veo –comentó Amber en voz baja.

–Y necesitamos esta alianza, mi querida hija. Has sido una de las veinte chicas que se le han ofrecido a Fadi, y a Harun, durante los últimos años. Nuestra nación es mucho más pobre y menos estable que la suya y, no obstante, te eligieron. Es una bendición para nuestro pueblo, le ha dado esperanza. Y, además, debo decirte que, de lo que he podido conocer a los tres hermanos, habría elegido a Harun para ti si hubiese tenido la posibilidad.

–Así que el contrato ya está firmado –dijo ella–. No tengo nada que decir al respecto.

Lo único que podía hacer era dejar de pelear y aceptar su futuro con la mayor gracia posible.

–No, querida, no tienes nada que decir al respecto –admitió su padre en tono amable, pero inflexible–. La decisión se tomó en el momento en que lord Harun fue consciente del deber que tiene contigo.

Ella apretó los labios y contuvo las lágrimas. Tal vez debiese estar agradecida a lord Harun porque no iba a avergonzarla públicamente, pero el hecho de que solo quisiesen casarse con ella por obligación hacía que le ardiese el estómago. Al menos, a Fadi lo había conocido y se habían llevado bien.

–Pero si ni me mira. Nunca me habla. No sé qué piensa acerca de nada. ¿Cómo voy a enfrentarme a un extraño en mi noche de bodas, padre? ¿Puedes responderme a eso?

–Como lo han hecho muchas otras mujeres a lo largo de los siglos, incluidas tu madre y mi abuela Kahlidah, heroína a la que siempre has admirado tanto. Solo tenía diecisiete años cuando se casó con mi abuelo, que era un extraño para ella, y un año después, con dieciocho, embarazada y viuda, impidió la invasión de Araba Numara, gobernando la nación con fuerza y sabiduría hasta que mi padre fue lo suficientemente mayor para tomar el mando. Haz lo mismo que ella y sé fuerte, hija. ¿Qué es lo que te da miedo, una noche, en comparación con lo que tiene que hacer Harun, él solo?

Amber pensó que su padre nunca la había hablado con tanta frialdad y tanto desprecio. Volvió a tomar aire e intentó ser fuerte.

–Cumpliré con mi deber, por supuesto, padre, y haré todo lo que pueda para ayudar a lord Harun. Tal vez podamos hacernos amigos.

Su padre le sonrió y le dio una palmadita en la mano.

–Esta sí que es mi Amber. Harun es un buen hombre, aunque hable poco. Y sé… –su padre dudó un instante–. Sé que admirabas a lord Alim. ¿Qué joven no admiraría a un piloto tan gallardo, poderoso y rico?

–Por favor, para –murmuró ella angustiada–. Por favor, padre.

Pero él continuó.

–Amber, hija mía, eres tan joven, demasiado joven para comprender que los hombres que cambian la historia no siempre son como Alim. Los verdaderos héroes son los no reconocidos, que realizan sus contribuciones en silencio. Y yo creo que lord Harun es uno de ellos. Te aconsejo que mires al hombre que he escogido para ti y te preguntes por qué lo he hecho sin esperar a que Alim se recupere. Creo que, si le das una oportunidad a Harun, te darás cuenta de que encajáis bien juntos. Tendréis una buena vida juntos si pones tu corazón y tu alma en los votos del matrimonio.

–Sí, padre –respondió ella, desanimada.

En ese momento vio moverse algo detrás de la puerta y maldijo a los empleados entrometidos y a los sirvientes curiosos que siempre estaban escuchando y buscando cotilleos. Levantó la barbilla y lanzó una mirada gélida hacia la puerta. Después sintió que la persona se alejaba.

Y se alegró. Ojalá se hubiese ido muy lejos. Si tenía que tratar con sirvientes fisgones, pronto les dejaría claro cómo iba a ser su futura señora.

–Si no te importa, padre, me gustaría estar un rato a solas –le pidió en voz baja.

–Todavía estás sufriendo por la pérdida de Fadi. Eres una buena chica –le dijo él, dándole una palmadita en la mano y saliendo de la habitación por la puerta que daba a la suya.

Cuando esa puerta se cerró, Amber dijo:

–Si descubro a alguien escuchando o me entero de que alguien ha repetido esta conversación fuera de aquí, me aseguraré de que la persona sea despedida. ¿Ha quedado claro?

Solo entonces oyó alejarse unos pasos y se dejó caer encima de la cama, llorando. Volvió a llorar por la pérdida de su querido amigo y por el final de un sueño que nadie conocía, además de llorar por la pesadilla que la esperaba.

***

Retrocedió dos pasos de la puerta de la habitación que le habían

asignado a la princesa Amber. Ya hacía un rato que había bajado la mano con la que había pretendido llamar. A Harun el-Kanar no lo habían educado para escuchar conversaciones privadas a escondidas y no lo habría hecho de no haberse quedado helado al oír a Amber intentando por todos los medios evitar casarse con él.

Ya sabía lo que pensaba de él su futura esposa… y estaba cerca de la repulsión, pero ¿por qué le sorprendía?

Se dio la vuelta y fue hacia sus habitaciones. Necesitaba estar solo, poder pensar unos minutos…

–Lord Harun, tiene una llamada del príncipe al Hassan de Saudi relativa a su acuerdo con Emirates Oil. Está ansioso por hablar con usted acerca del reciente hallazgo de petróleo de lord Alim.

–Por supuesto, ahora voy –respondió él en voz baja y yendo con su asistente personal hacia el despacho.

Acababa de terminar con la llamada cuando entró su secretario de Estado.

–Señor, en ausencia de lord Alim, necesitamos su presencia inmediata en la Cámara para una ceremonia de toma de juramento. Por la estabilidad del país, debe realizarse lo antes posible. Comprenderá que el pueblo está nervioso y necesita saber que está comprometido con el futuro bienestar de Abbas al-Din.

Su asistente se acercó con la ropa oficial y lo ayudó a ponérsela.

Durante las cinco horas siguientes, se sentó y se levantó e inclinó la cabeza y dio un discurso con el que aceptaba su nuevo papel sin que ninguno de aquellos líderes hereditarios supiese lo mucho que todavía sufría su nuevo jeque por la muerte de un hermano nueve años mayor que él. Fadi había sido como su padre.

¿Se daba cuenta alguno de lo solo que se había quedado después de la desaparición de Alim? Se escondió detrás de un rostro de años de formación, calmado y regio. Necesitaban al jeque perfecto y siempre lo habían tenido. Los miembros de la familia que estaba en el poder recibían formación casi desde la cuna. No debían mostrar ninguna necesidad, más allá del privilegio de servir a su pueblo. Pero durante la ceremonia había habido momentos en los que Harun no había tenido un control completo de su mente. Momentos en los que su mente había visto unos ojos color miel y una piel del mismo color, una boca con una sonrisa que su dueña ocultaba con la mano cuando alguien decía algo presuntuoso o ridículo, unos hoyuelos, un pelo moreno y largo y un movimiento de caderas que parecía un baile.

Y en cada ocasión la había apartado de su mente. Tenía que controlarse.

Ya estaba oscureciendo cuando se sentó en su despacho a comerse un sándwich. Se había marchado de la cena de Estado poco después de que se anunciase su compromiso, aduciendo tener que tratar

asuntos urgentes para evitar estar en compañía de Amber. O, más bien, para que ella no tuviese que soportar la suya durante más tiempo del necesario. Había visto su expresión de sorpresa y confusión, pero tampoco quería pensar en ella.

El sándwich se le puso duro mientras hacía desaparecer la montaña de papeles que había encima del escritorio. Los leía todos atentamente antes de firmarlos y lidiaba como podía con las interrupciones en forma de llamadas de teléfono de jefes de Estado y personal de seguridad.

En los momentos más tranquilos, volvía a tener aquella visión, pero no tardaba en apartarla de su mente.

De acuerdo, Amber tenía razón. No la había mirado mucho. Lo que no sabía era que no se había atrevido a mirarla. Durante semanas, meses, casi no la había mirado, casi no había hablado con ella, porque le había dado vergüenza haber deseado día y noche a la futura mujer de su hermano mayor.

Y nunca, hasta el día anterior, se había atrevido a pensar que podía llegar a ser suya.

Perdido y solo con su dolor, incapaz de sentir otra cosa, había estado aturdido cuando, de repente, el jeque Aziz le había pedido que se convirtiese en el marido de Amber. No había sido capaz de decirle que no. Y ese día había querido acercarse a ella, tocado por algo que no había conocido en meses, en años… esperanza. La esperanza de que, aunque ella no sintiese lo mismo por él, lo acompañase en aquella pesadilla. ¿Podrían reconfortarse el uno al otro en aquellos momentos tan duros?

Y la conversación que había escuchado había sido como una bofetada, por tonto. Era normal que Amber desease a Alim, su galante hermano, el héroe nacional. Tal y como había dicho su padre, ¿qué mujer no desearía a Alim?

Un sueño de doce horas se había convertido en una pesadilla. No había salida. Amber tendría que casarse con él como última opción. Era el jeque por defecto y ni siquiera quería estar allí.

Qué locura. ¿Acaso no había aprendido tiempo atrás que los sueños estaban hechos para otras personas? El destino de Fadi había sido ser el siguiente jeque; a Alim lo esperaban los circuitos de carreras, los aviones privados, las mujeres y la adoración de su familia y de toda la nación. *Habib Abbas:* Alim era el adorado león del país, su redentor financiero desde que había encontrado petróleo en la parte del país que daba al Golfo, y gas natural en el desierto.

Sus padres habrían estado muy orgullosos de él. Siempre habían sabido que Alim estaba destinado a ser grande, tal y como Fadi había dicho en muchas ocasiones.

Alim, el chico de oro. Era normal que el corazón de Amber fuese

suyo, y que no lo quisiese a él, pero Alim había rechazado a Amber sin pensarlo, como había rechazado la posición de jeque. Y los había dejado a ambos a su destino, sin despedirse, sin ningún motivo.

Y, no obstante, él seguía queriendo a su hermano, como todo el mundo.

Le había oído decir a Amber que nunca sabía lo que pensaba o sentía. Para ella, era el hermano número tres, solo una obligación, un medio para enriquecer a su país. Solo iba a casarse porque su padre la obligaba.

Y él no tenía más remedio que casarse también, aunque no le gustase tener que quedarse con lo que su hermano Alim no había querido.

«Me casaré con ella, pero no la tocaré», pensó.

–Es solo deseo, solo deseo –murmuró.

Podía gestionar ese deseo y vivir sin él. No la haría suya mientras ella miraba al techo, deseando estar con Alim…

Sintió que le quemaba el estómago y tiró lo que quedaba del sándwich a la papelera.

Era mucho más de medianoche cuando llegó a sus habitaciones. Despidió a sus sirvientes y se sentó en la cama con dosel, apartando la mosquitera. Si hacía algún ruido, los guardaespaldas encargados de la seguridad del jeque entrarían corriendo. Así que se quedó sentado y miró hacia la oscuridad de la noche como si no pasase nada, y sufrió en silencio.

«Fadi, ¡hermano, padre! *Allah*, te ruego que permitas que Alim viva y que me lo devuelvas».

Tres días después, las fuerzas armadas rebeldes de la familia el-Shabbat invadieron Sar Abbas.

Capítulo 2

Ocho semanas después

–¡Habib Numara! ¡Harun, nuestro querido tigre, nuestro Habib Numara!

Al frente de una improvisada carroza, formada por dos tanques unidos por un toldo y llena de flores, Harun sonrió y saludó a las personas que esperaban en las calles de Sar Abbas. Cada una de las niñas o mujeres que había en las primeras filas le echaba otra flor al pasar. Las flores aterrizaban en la carroza y su olor dulce le había revuelto el estómago, y los gritos de la gente lo tenían ensordecido.

No obstante, siguió sonriendo y saludando, aunque habría dado cualquier cosa por poder estar en la quietud de su habitación, leyendo un libro. ¿Cómo podía haber soportado Alim tanta adulación, tanta atención durante años? Luchar por su país, por sus hombres, y rechazar la invasión de el-Shabbat había sido un alivio en comparación con aquello, a pesar de haber resultado herido en dos ocasiones.

«Nunca serás como tu hermano».

Sus padres habían tenido razón. No, nunca sería como Alim.

Al llegar a palacio, levantó la vista. Su futuro suegro lo esperaba con la novia en el balcón más alto, saludándolo, orgulloso y algo engreído. Ya averiguaría el motivo cuando tuviese tiempo.

Amber parecía un junco moviéndose con el viento mientras observaba su entrada triunfal. Tenía el ceño ligeramente fruncido y la cabeza algo inclinada, como si estuviese intentando dilucidar algo. Era como si fuese consciente de que él estaba incómodo y lo comprendiese.

A Harun le entraron ganas de echarse a reír con aquella incoherencia. Amber, a la que le gustaba Alim por su fama y su fortuna, el verdadero jeque. «Solo ve en ti a un sustituto en su vida, en su cama, y haría cualquier cosa por evitarte».

La vio levantar una mano y esbozar una temblorosa sonrisa. Él sonrió también y la saludó porque sabía que lo estaban observando.

Por fin había llegado la tan temida noche de bodas.

Con el corazón acelerado, Amber esperó a su marido en el centro de la habitación con el pelo suelto, perfumada y vestida con un ligero negligé, tan asustada que casi no podía respirar.

La última de las doncellas comprobó que sus manos y pies estaban lo suficientemente suaves y ella se obligó a estar quieta y no echarla de allí de malas maneras o, aún peor, a no preguntarle qué debía

hacer para complacer a un hombre con el que casi no había hablado.

Lo único que le había dicho su madre mientras la ayudaba a prepararse para aquella noche, había sido:

–Deja que tu marido te muestre el camino y, aunque al principio te duela y sangres como prueba de tu virginidad, sonríe y disfruta con tu deber como mujer. Porque hoy vas a convertirte en una mujer.

Y con una sonrisa que Amber no había entendido, se había marchado de la habitación.

Al parecer, en Occidente las mujeres crecían sabiendo cómo complacer a un hombre, y a sí mismas, pero ella lo ignoraba por completo. En su mundo, el marido debía enseñar a la esposa en la cama. Estaban prohibidos los libros, las conversaciones con el servicio y, por supuesto, Internet.

Y Amber deseaba saber qué debía hacer…

Más que eso, deseaba conocerlo mejor.

Al final había tenido un par de meses antes de la boda, pero no habían servido para que se conociesen mejor.

Harun se había dedicado a aplastar la rebelión impulsada por la familia el-Shabbat y después había permitido a sus seguidores que volviesen a sus casas prácticamente sin castigarlos y sin avergonzarlos públicamente, con lo que había conseguido su lealtad, su nuevo título… y el profundo respeto de Amber. Al asumir el control de la fortuna de el-Shabbat y ocuparse de las mujeres e hijos del enemigo muerto, también se había ganado el amor y el respeto de todo su pueblo.

Si Alim era su querido león, Harun se había convertido en su *Habib Numara*, su querido tigre.

–Es un buen augurio para este matrimonio y, siendo la novia de Araba Numara, será una unión fecunda y bendecida por Dios –decían los criados.

Después de aquello, Harun se había dedicado a unir una vez más a su pueblo, con lo que le había dedicado todavía menos tiempo que Fadi. De hecho, casi ni le había hablado. Ella había aprendido a admirarlo y, si bien seguía lamentando la desaparición de Alim, también era cierto que cada vez se le aceleraba más el corazón cuando veía a Harun. Había demostrado su valía sin presumir de nada y, en esos momentos, Amber estaba dispuesta a pasar con él la noche de bodas y a convertirse en la madre de sus hijos.

La puerta principal de la habitación se abrió y la doncella salió corriendo.

Nerviosa, Amber se giró hacia él y contuvo la respiración. Era extraño, pero solo se había dado cuenta de lo mucho que se parecía a Alim al verlo regresar a Sar Abbas convertido en héroe nacional. Era una versión más callada y seria, pero con el uniforme y sonriendo

mientras saludaba a su pueblo, había sido como si Amber viese su verdadero rostro por primera vez.

En esos momentos, hizo un esfuerzo por no mirarlo fijamente. Estaba muy guapo con el traje de gala y sus ojos verdes estaban oscuros y misteriosos. Amber tuvo que agarrarse a la cama para no perder el equilibrio. Aquel hombre se había convertido en un héroe. Era… magnífico. Y era suyo.

–Que no se quede nadie escuchando ni rondando por aquí –dijo él en voz alta.

Y Amber se sintió agradecida al oír que se alejaban los pasos de varias personas.

Estaba tan sobrecogida que se le olvidó el saludo tradicional, pero sí se inclinó ante él con profundo respeto.

–Marido, yo…

No supo cómo continuar, pero pensó que él comprendería cómo se sentía.

Sin cambiar de expresión, Harun cerró la puerta tras de él y esbozó una sonrisa.

–Siéntate, por favor, Amber.

Agradecida por su comprensión, ella se dejó caer sobre la cama y deseó saber cómo debía continuar.

Él la miró en silencio, pensativo, y ella se sintió avergonzada. Tenía el corazón acelerado mientras esperaba a que Harun se acercase y la besase, o hiciese lo que tuviese que hacer.

–¿Y bien? –preguntó en tono altivo, disimulando sus nervios con una muestra de orgullo–. ¿Paso su inspección, *Habib Numara*?

Por un momento, esperó verlo sonreír, a pesar de que no lo había hecho desde que había vuelto a casa convertido en héroe, pero, en su lugar, dijo:

–Debes saber que eres una mujer muy bella, Amber. Exquisita, diría yo.

–Gracias –susurró ella, derritiéndose por dentro.

Él se dio la vuelta, sacó unos papeles de su chaqueta y se sentó frente al escritorio.

–Con esto pasará el tiempo necesario. Se me ha olvidado el bolígrafo. ¿Tienes uno a mano, querida?

Ella se quedó boquiabierta. ¿Harun se iba a poner a trabajar en su noche de bodas?

–En el segundo cajón –le respondió, sintiéndose como una idiota.

–Gracias –le respondió él en tono ausente, poniéndose a leer.

Amber parpadeó, incapaz de creer lo que estaba viendo.

–Harun… –balbució.

Él tardó diez segundos en dejar de escribir.

–¿Sí? ¿Has dicho algo, Amber? –le preguntó en tono frío y

educado.

–Sí –replicó ella, furiosa.

Quería preguntarle qué hacía, qué les pasaba a los hombres de su familia. Quería preguntarle si la deseaba. Y después se dijo a sí misma que por qué la iba a desear Harun, si ninguno de sus hermanos lo había hecho.

Pero lo único que dijo, fue:

–Si mañana no hay sangre en las sábanas, los criados hablarán. Se sabrá en los dos países en cuestión de horas. La gente me culpará a mí o, aún peor, dará por hecho que no era virgen. ¿Acaso quieres avergonzarme de esa manera? No he hecho nada malo.

Él se puso tenso.

–Ya veo –dijo muy despacio–. Tienes razón.

Se puso en pie y se quitó la túnica, quedándose desnudo. Y Amber se le aceleró el corazón todavía más. ¿Magnífico? A pesar de las cicatrices en la espalda y el estómago, era un hombre impresionante. Involuntariamente, ella retrocedió en la cama y deseó decirle que no estaba preparada para aquello, que, por favor, la tratase con cuidado…

No podía respirar al verlo acercarse.

Pero él rodeó la cama como si no estuviese allí. No la tocó, ni siquiera la miró. Al otro lado de la cama, dejó algo y utilizó ambas manos para quitar los pétalos de rosa que había encima de la colcha.

–No me gusta el olor. Es empalagoso –dijo.

–A mí sí me gusta –replicó ella, medio desafiante, medio tonta.

Harun se encogió de hombros y dejó de apartar los pétalos.

–Es tu cama –comentó.

Entonces tomó el objeto que había dejado en la cama, una daga con el mango labrado en oro y plata.

–¿Qué es eso… Harun? –le preguntó ella sorprendida, mientras lo veía hacerse un corte en el brazo y dejar que varias gotas de sangre cayesen en su mano–. ¿Qué… haces?

–Estoy salvando tu orgullo frente a los demás, mi querida esposa.

–No lo entiendo.

Él suspiró.

–Tal y como tú misma has dicho, las vírgenes sangran, Amber. Y es mi deber asegurarme de que no se estropee tu reputación. Aparta la colcha, por favor, antes de que la manche de sangre. Imagina lo que dirían los criados si eso ocurriese –añadió en tono irónico.

Ella cerró la boca, tragó saliva y apartó la colcha.

–¿En qué lado de la cama duermes? –le preguntó a Amber.

Sorprendida y furiosa por semejante humillación, ella señaló.

Harun manchó las sabanas de sangre.

–Yo creo que así es suficiente.

Y luego fue a lavarse al cuarto de baño.

Cuando salió, volvió al escritorio, tomó su ropa, se la puso de nuevo, se sentó y siguió leyendo y tomando notas.

Amber no sabía qué hacer, así que se sentó en la cama, con las rodillas debajo de la barbilla y abrazándose las piernas. Y, durante la siguiente hora, lo vio trabajar mientras su ira crecía.

«¿Por qué no me tocas?», deseaba gritarle. «¿Por qué no quieres tocarme? ¿Qué he hecho mal?».

Fadi había amado a otra mujer y Alim había huido del país para no casarse con ella, pero ninguno de los dos la había rechazado de manera tan obvia.

Así que pensó que, si le preguntaba a Harun por qué lo hacía, solo conseguiría sentirse todavía más humillada.

Después de un rato, su marido le dijo sin mirarla:

–Deberías dormir, Amber. Ha sido un día largo.

Y ella se tumbó sobre las sábanas, evitando la zona manchada de sangre, observándolo.

Se preguntó cuánto tiempo llevaría trabajando. Si habría trabajado antes de vestirse para la ceremonia. Durante esta, la había tratado con cariño delante de las cámaras. Y en esos momentos volvía a trabajar.

¿Es que no paraba nunca para ser un hombre normal?

«Harun, mírame y sé cariñoso conmigo un minuto. Soy tu esposa», deseó decirle, pero no pudo. Estaba tumbada en la cama mientras él trabajaba.

Harun seguía sin mirarla, como siempre. Era evidente que solo se había casado con ella porque lo habían obligado a hacerlo.

Lo odió. Odió aquella cama.

Se recogió el pelo en un moño mal hecho y se puso en pie, fue al baño, rompió el estúpido negligé al quitárselo y se dio una buena ducha.

Se frotó la piel con fuerza y se juró que jamás volvería a ilusionarse con un hombre de la familia el-Kanar. A partir de entonces, no mostraría ninguna emoción ante Harun. Y algún día conseguiría que este se arrodillase ante ella y le rogase…

En realidad, sabía que eso jamás ocurriría.

Capítulo 3

Tres años después

–Mi señora, lord Harun ha solicitado permiso para entrar.

Sorprendida, Amber dejó los papeles que estaba leyendo y miró a su doncella, Halala. Casi sin creer lo que acababa de oír, intentó recuperar la respiración. Las criadas estaban emocionadas… y sin duda esperanzadas.

Casi podía oír lo que susurraban por palacio:

–¿Por fin se meterá en su cama?

Porque todo el mundo sabía cuál era el estado de su matrimonio. No obstante, respondió con voz tranquila:

–Hazlo pasar, por favor, y déjanos solos. Y no hace falta que te recuerde lo que ocurrirá si te quedas escuchando –añadió, mirando a todas sus criadas.

Estas asintieron.

La habitación se quedó vacía y ella se alisó el vestido y el pelo, nerviosa. ¿Qué querría Harun? No le daba tiempo a ponerse un vestido que no fuese tan viejo…

Harun entró, alto y fuerte, con la piel morena y una pequeña hendidura en la barbilla. Hacía tiempo que Amber se había acostumbrado a ver en él una versión más callada y seria de su hermano. Aunque ese día parecía emocionado, tenía los ojos brillantes y se parecía a Alim más que nunca.

–Buenos días, Amber –la saludó sin mirarla fijamente.

«Le da igual lo que lleve puesto», pensó esta con resentimiento. «No sé por qué me sorprende. Ni por qué me duele después de tanto tiempo».

¿Por qué había querido su padre casarla con aquel… robot? No era un hombre. Casi no era humano, al menos, con ella, aunque había oído rumores de que sí lo era con otras.

–¿Necesitas algo, milord? –le preguntó, intentando ocultar su ira–. Debe de ser muy importante, para que hayas venido a verme. Creo que es la primera vez que lo haces por voluntad propia en tres años.

Él la miró al oír aquello.

–Es cierto, es la primera vez que lo hago por voluntad propia desde antes de nuestra noche de bodas.

A ella le ardieron las mejillas al recordar aquella horrible noche. Se giró muy despacio y, como si no le importase lo más mínimo, añadió:

–No llegaste a explicarte.

Y se dio cuenta de que era la primera vez en tres años que tenía la oportunidad de decirle aquello.

–Estoy seguro de que te has dado cuenta de que tengo una vida muy ocupada, esposa. Y no tiene sentido ir a un sitio en el que no soy bienvenido.

–Por supuesto que eres bienvenido –balbució ella–. Eres mi marido.

Él se encogió de hombros.

–Eso dijo el imán que nos casó.

Y Amber tuvo que hacer un esfuerzo para no añadir que en realidad no eran marido y mujer porque no habían consumado el matrimonio.

¿No se daba cuenta de lo mucho que le dolía que solo fuese a su habitación alguna noche, cuando los rumores eran ya insoportables, pasase en ella una hora y se marchase sin más, como había hecho en su noche de bodas? ¿No se daba cuenta de que no podía soportar verse constantemente humillada por ello?

–No he venido a discutir –le dijo él, sin apartar la mirada de ella–. Alim ha aparecido por fin.

Amber dio un grito ahogado.

–¿Está vivo?

Harun asintió.

–Está en África, lo han secuestrado en Sudán y piden un rescate de cien millones de dólares.

Ella se llevó una mano a la mejilla.

–¡Oh, no! ¿Y está bien? ¿Le han hecho daño?

Harun guardó silencio durante demasiado tiempo y, a juzgar por su mirada, Amber supo que había dicho algo inadecuado, pero no sabía el qué.

No supo qué añadir y deseó saber algo más acerca del hombre con el que se había casado.

–Harun, ¿qué vas a hacer al respecto?

–Voy a pagar el rescate, por supuesto. Él es el verdadero jeque de Abbas al-Din, y si no hubiese encontrado petróleo, el país no sería lo rico que es.

Dudó un instante.

–Voy a irme a África. Tengo que estar allí cuando lo liberen, para averiguar si va a volver a casa. Y… es mi hermano.

A Amber no le sorprendió oír aquello. Harun siempre hacía lo que era mejor para su país, para su pueblo e incluso para ella, al menos, en público. Lo que sí la sorprendió fue verlo emocionado, casi con lágrimas en los ojos.

–Lo quieres –comentó ella, casi maravillada.

Él frunció el ceño.

–Por supuesto. Es mi hermano, la única familia que me queda y… es probable que por fin vuelva a casa.

Amber pensó que no lo había visto llorar desde la muerte de Fadi.

Nunca le había parecido que se sintiese solo, pero en esos momentos tenía los ojos húmedos. Estaba emocionado.

Ella se sintió avergonzada. Harun había echado de menos a su hermano durante todo ese tiempo y ella ni lo había sospechado. Hasta lo había acusado de disfrutar demasiado con su papel de jeque y de no importarle dónde estuviese Alim, vivo o muerto. Y él no le había llevado la contraria. Amber había querido hacerle daño por ser tan frío e insensible con ella, pero ella sí había podido comunicarse con su familia y recibir las visitas de sus hermanas en los tres últimos años. Y lo había dejado solo, echando de menos a su hermano, y no se había dado cuenta hasta entonces.

–Lo siento –le dijo por fin, sintiéndose como una idiota–. Espero que vuelva a casa, por ti.

–Gracias –respondió Harun con frialdad–. ¿Cambiará eso las cosas para ti?

Aquello la sorprendió.

–¿Para mí? ¿Cómo va a cambiar las cosas para mí la vuelta de Alim?

Harun se encogió de hombros, pero hubo algo en su mirada que la fascinó.

–Se ha dejado apresar para proteger a la mujer que le salvó la vida, una enfermera. Muy valiente, aunque nadie esperaba menos de él. Alim pronto volverá a ser el jeque por derecho y yo seré de nuevo el hermano número tres.

Ella frunció el ceño.

–¿Qué quieres decir con eso del hermano número tres?

Harun tardó unos segundos en contestar.

–Piénsalo, Amber. Si lo piensas, tal vez recuerdes… o tal vez no. A lo mejor nunca te ha parecido importante.

–No lo entiendo –dijo ella sin poder evitarlo.

Él la miró a los ojos, pero, fuese lo que fuese lo que buscaba en ellos, no lo encontró. Y ella sintió que había perdido algo que ni siquiera había sabido que tenía.

Antes de que le diese tiempo a preguntar, Harun continuó:

–Por cierto, luego tendrás que hacer una declaración por televisión, querida. Di que estamos encantados de que Alim esté vivo, que vamos a pagar el rescate y todo eso.

–Por supuesto –respondió ella–. ¿A caso no soy siempre la esposa perfecta ante las cámaras? Debo de servir para algo, dado que soportas mi esterilidad.

Él apretó los labios un instante y luego respondió:

–Sí, querida, eres perfecta… para las cámaras.

Y después se marchó de su habitación sin más.

Entonces Amber se quedó reflexionando acerca de lo que había

querido decir con lo del hermano número tres.

Y se maldijo al darse cuenta de que había sido él quien había estado escuchando detrás de la puerta cuando le había dicho a su padre que no se quería casar con él.

Intentó recordar lo que había dicho. Y recordó haberle confesado a su padre lo que sentía por Alim.

Cerró los ojos. Ya era demasiado tarde, pero entendía que su marido casi ni le hubiese hablado durante los últimos tres años, que casi no hubiese demostrado ninguna emoción delante de ella.

Y lo comprendió. Entendió que no hubiese querido tocarla, que ni siquiera hubiese intentado hacerle el amor. Ni siquiera había querido hacérselo la noche que había entrado en su habitación y le había dicho en tono frío y orgulloso:

–Dame un hijo y libérame de la vergüenza que me has hecho pasar durante todo este tiempo.

Se tapó el rostro con ambas manos.

La cuestión en esos momentos era cómo conseguir que la perdonase.

***

Harun se estaba subiendo al avión al día siguiente cuando oyó que lo llamaba Amber.

«Tal vez sea tu esposa, pero no te soporta. Desea a Alim, todavía más ahora que sabe que está vivo».

Nada había cambiado y él seguía odiándose por desearla a pesar de todo.

«Es solo deseo, nada más que deseo. Puedes seguir ignorándolo. Llevas tres años haciéndolo».

Se giró hacia ella y no dijo nada por miedo a traicionarse, se limitó a arquear una ceja.

La vio acercarse al avión y subir las escaleras. Tenía los ojos muy abiertos y había en ellos algo que Harun no había visto desde aquella noche, un año antes, en la que Amber le había pedido que le hiciese el amor y él se había negado.

–Harun, quiero acompañarte.

Eso le rompió todavía más el corazón. Amber odiaba volar, pero quería hacerlo por Alim.

–No.

–Pero quiero…

–He dicho que no.

Ella levantó la barbilla y lo fulminó con la mirada.

–Maldito seas, Harun, es lo único que te pido.

–¿Tanto te importa todavía? –le preguntó en voz baja.

Ella suspiró.

–Ya no tengo diecinueve años. Soy tu esposa. Por favor, dame una

oportunidad.

–Está bien, ven a verlo. Seguro que te lo agradece.

Amber entró en el avión, con la barbilla alta y la mirada fría. Se sentó en su asiento, se abrochó el cinturón y Harun la vio agarrarse a los reposabrazos con fuerza. Odiaba volar. Él se sentó a su lado y movió la mano para reconfortarla, pero no llegó a hacerlo. Amber no quería que él la reconfortase.

Ambos guardaron silencio, estaban incómodos. Harun solo podía pensar en tocarla y se odiaba por ello. Hasta que Amber le dijo:

–No eres el hermano número tres.

Él se giró a mirarla, sorprendido.

–Siento haber dicho eso, fue una tontería, y siento que lo oyeses y te lo tomases tan en serio. Te humillé delante de mi padre y lo siento mucho, Harun.

–No pasa nada –le respondió él.

–Claro que sí. Nunca hemos estado bien y yo no sabía por qué. Llevamos casados tres años y, en todo este tiempo, ni siquiera has intentado hablar conmigo.

Amber tocó su mejilla y lo obligó a mirarla a los ojos.

–Siempre he querido saber por qué me odiabas. Estabas detrás de la puerta aquel día.

–No te odio –fue lo único que pudo decirle él.

–¿De verdad que no?

–No.

–Pero no confías en mí. Ni siquiera me tratas como a una amiga, mucho menos como a una esposa –continuó ella, sacudiendo la cabeza–. Supongo que oíste lo que mi padre me dijo acerca de lo que… sentía por Alim por aquel entonces.

–Sí –admitió él.

–¿Y me odias por ello?

–No.

Había intentado odiarla muchas veces, pero no podía evitar desearla.

–Ódiame si quieres, Harun, pero deja de ser tan frío conmigo. No sé cómo hablarte ni qué hacer cuando eres tan frío. ¡Siempre me apartas de ti!

Él la miró fijamente, sintiendo de todo menos frío. Se preguntó si estaba ciega, si no se daba cuenta de cuánto la deseaba.

–No sé qué quieres que te diga –añadió.

–Habla conmigo por una vez. Dime que te dolió –le pidió Amber–. Solo tenía diecinueve años, Harun, y soñaba con conquistar el corazón del famoso jeque piloto como tantas otras chicas de mi edad. Para mí, era una estrella inalcanzable.

Él no dijo nada, entendía lo que Amber le estaba diciendo.

–¿No te importó que me casase contigo a pesar de creer que estaba enamorada de él? –inquirió ella, al ver que no le contestaba.

–Claro que me importó –dijo él en tono cortante–. Es muy humillante ser el último hermano a ojos de tu futura esposa. No me gustó saber que iba a casarme solo porque uno de mis hermanos había muerto y el otro había huido, y que mi futura esposa habría hecho cualquier cosa por casarse con el segundo.

–Gracias por tu sinceridad –le dijo ella.

–Lo siento, Amber –añadió él.

En esos momentos, deseó haberse dado cuenta de lo joven que era ella cuando se habían casado.

–Estropeé todo lo que podíamos haber tenido y ahora desearía no haber pensado nunca en Alim –le dijo ella en voz baja–. Ni siquiera lo conocía, pero me sentía sola. Fadi tenía a Rafa, tú nunca me mirabas ni me hablabas. Y… él me sonreía y era agradable conmigo. Era solo una chica tonta, enamorada de una estrella.

–¿Y qué es lo que podíamos haber tenido, Amber? –le preguntó él, también en voz baja.

Ella se encogió de hombros.

–Nos casamos porque tú eras jeque y yo, la hija de un jeque, por el bien de nuestras naciones. Tú has sido un líder estupendo durante los tres últimos años, pero nuestro matrimonio solo ha existido delante de las cámaras, de la gente. Ahora, si Alim vuelve, ¿qué va a ser de nosotros?

Harun se dio cuenta de que había hablado como si pudiese haber habido algo entre ellos. ¿Y lo admiraba por las cosas que había hecho? No se lo podía creer.

–Yo no quiero volver a ponerme delante de una cámara. Ni quiero pasarme el resto de mi vida sola, atada a un hombre que no me toca nunca, que no me desea.

–No sabía que querías que te desease –le dijo él, queriendo escuchar de sus labios que ella lo deseaba.

Pero Amber se desabrochó el cinturón de seguridad y se puso en pie. Lo fulminó con la mirada.

–¿Por qué no me hablas como si fueses un hombre normal? ¿Por qué no me hablas con sinceridad? ¿Por qué eres tan frío conmigo? No soy tu enemiga, ¡soy tu esposa!

Él se frotó la frente con frustración.

–Y tú deja de dar rodeos y dime qué es lo que quieres, Amber –replicó–. ¿No podemos dejar esto para después? Dentro de unas horas voy a ver a mi hermano por primera vez en varios años. Alim es la única familia que tengo.

–Entendido –dijo ella con frialdad–. No te preocupes, ni siquiera tenemos que hablar de esto. Gracias por facilitarme la decisión,

Harun. Ya no quiero ir contigo. Abre la puerta, por favor.

Cuando estuvo abierta, fue hacia la salida. Una vez allí, se giró y le dijo con toda dignidad:

–Espero que tu reencuentro con Alim sea tal y como deseas. Y espero que vuelva a casa contigo, a ser tu familia.

Él abrió la boca para responder, pero Amber continuó:

–Cuando Alim sea jeque, espero que encuentres lo que buscas en la vida. Espero que encuentres la manera de ser feliz, Harun, porque yo voy a vivir mi vida a partir de ahora, sin que nadie me diga lo que tengo que hacer.

Y después de aquello, despareció.

Capítulo 4

Quince días después
En el palacio del jeque en Sar Abbas

Harun le había pedido a Amber que asistiese a la entrega privada del poder al verdadero jeque de Abbas al-Din, así que había ido, aunque hubiese sido solo por curiosidad, pero como nadie decía nada, decidió hacerlo ella.

Tal vez fuese eso lo que Harun quería de ella, que rompiese el hielo.

–Bienvenido a casa, Alim –dijo, intentando sonreír–. Me alegro de que estés de vuelta.

Su cuñado había envejecido en los últimos años. Las cicatrices de la cara y el cuello, recuerdos del accidente en el que Fadi había perdido la vida, no eran tan horribles como ella se había temido. Todavía seguía siendo un hombre atractivo.

Arim miró a Harun, que parecía impasible y seguía en silencio. Después de unos segundos, Alim se inclinó y le sonrió.

–Gracias, Amber.

A ella ya no le atraía aquel hombre, pero era su cuñado, así que esperó.

Miró a su alrededor, estaban en el salón en el que Fadi solía recibir a los dignatarios extranjeros y había sido allí donde había visto a los tres hermanos por primera vez.

Harun debió de darse cuenta de que estaban esperando a que él hablase.

–Ya he dejado libre tu habitación, Alim –empezó–. Está preparada para que la ocupes, lo mismo que tu despacho.

Alim dio un paso hacia su hermano.

–Será mejor que no finjamos. No he estado enfermo unas semanas. He estado fuera de aquí tres años. Te dejé a ti con todo el dolor y con todo el deber, Harun. Y quería decirte que…

Harun se encogió de hombros y Amber se dio cuenta de que mostraba la misma indiferencia y frialdad con su hermano que con ella. Que no quería tener un vínculo emocional con nadie.

–No hace falta que digas nada, Alim. De todos modos, no tenía ningún sitio mejor en el que estar.

Pero Alim no iba a permitir que lo tratase así.

–Quería decirte que la decisión es tuya. Has hecho un trabajo magnífico al frente del país después de que Fadi muriese y yo desapareciese. Ahora tú eres el héroe nacional, no yo. Si quieres seguir siendo el jeque…

–No.

Y ella no pudo evitar soltar una carcajada.

Después notó cómo Alim la miraba y esperaba.

Ella se ruborizó, miró a Harun, que seguía en silencio, impávido. Y dijo lo que pensaba:

–No voy a seguir fingiendo que soy la feliz esposa del jeque. Estoy cansada de tanta farsa. Me da igual lo que diga mi padre, quiero el divorcio.

Luego se giró y salió de la habitación temblando. Llegó a su dormitorio y cerró la puerta tras de ella.

Allí se sentó muy recta delante de su escritorio y contó en silencio. Si no la seguía en ese momento…

Menos de tres minutos después se abría la puerta de par en par.

–Asegúrate de que nadie escucha esta conversación –le dijo Harun a alguien que había fuera.

Amber oyó los pasos apresurados de sus criadas alejándose y sonrió.

–Vienes a verme dos veces en un mes por voluntad propia –murmuró–. ¿No se caerán las paredes solas, de la sorpresa?

Harun frunció el ceño.

–¿Así es como quieres que transcurra esta conversación, Amber, llena de ira y sarcasmo?

Ella levantó la barbilla.

–Si eso te hace sentir algo, me arriesgaré.

–No te preocupes, estoy sintiendo muchas cosas en estos momentos.

–En ese caso, me alegro –dijo ella en tono burlón, ya que parecía ser la única manera de romper ese muro invisible e impenetrable que parecía rodearlo.

Y funcionó. Harun se acercó a ella, respiraba con dificultad y tenía los ojos verdes brillantes.

–¿Cómo te atreves a anunciar una cosa así delante de mi hermano?

–Tenía que hacerlo –respondió ella, fingiendo estar tranquila–. Sin él delante no habría servido de nada, ya que a ti te da igual lo que diga o piense. Nunca me has preguntado qué pienso, lo único que te importa es Abbas al-Din.

Se maldijo al notar que se le quebraba la voz, delatándola, pero Harun no pareció darse cuenta.

–Alim quiere casarse con la enfermera que lo rescató. La quiere, que lo sepas –le dijo con naturalidad, pero el fuego de sus ojos mostraba que estaba haciendo un esfuerzo enorme para controlar sus emociones.

Indignada, Amber se puso en pie.

–¿Eso es lo único que vas a decirme? Te digo que quiero el

divorcio y tú lo único que haces es recordarme que cuando tenía diecinueve años me gustaba tu hermano? ¿Durante cuánto tiempo más vas a estar castigándome por lo que dije y por lo que sentía cuando era poco más que una niña? Yo también estaba sufriendo, por si no lo sabes. Me importaba Fadi. Para mí era como un hermano mayor.

Se giró para no ponerse a llorar delante de él y miró por la ventana. No quería llorar delante de él, prefería morirse.

–Siempre he sabido que no significaba nada para ti, más allá de lo que tu país iba a ganar políticamente con nuestra unión, pero esperaba que me respetases un poco más –añadió.

El silencio se hizo demasiado largo, Amber se preguntó si Harun se habría marchado. Tenía la habilidad de moverse sin hacer ruido.

Entonces, habló:

–Tienes razón. Lo siento, Amber.

Ella se dio la vuelta y Harun le dedicó una ligera sonrisa.

–Yo también estuve enamorado con diecinueve años, pero no me casé contigo estando enamorado de tu hermana. ¿Lo entiendes?

Por primera vez, Amber tuvo la sensación de que Harun le estaba hablando con sinceridad, de corazón, y tuvo que apoyarse en la silla para no tambalearse. Era cierto, Alim era su hermano. Se había casado con él estando enamorado de su hermano, un hermano que la había humillado públicamente.

–Lo entiendo –le dijo con voz temblorosa.

Él asintió.

–Ambos sabemos que no puedes divorciarte de mí, Amber. Deshonrarías a nuestras familias y pondrías en peligro la estabilidad del país, y no creo que desees que eso ocurra.

–No tengo por qué seguir viviendo aquí, Harun –le dijo ella, frotándose los ojos, sin importarle que se le estropease el maquillaje.

¿Qué más daba su aspecto? Harun no la quería, nunca la había querido.

Él apretó la mandíbula.

–¿Harías públicos nuestros problemas abandonándome?

–Nunca hemos estado juntos, así que no puedo abandonarte, milord. La pequeña cicatriz que tienes en el brazo es muestra de ello –replicó.

Pero no se sintió triunfante al decir aquello, solo tenía ganas de llorar. ¿Por qué lo atacaba siempre? ¿Por qué tenía que atacarlo para hacerlo hablar?

–¿Quieres decir que nos avergonzarías a ambos demostrando que no consumamos el matrimonio?

Ella levantó el rostro y lo miró con incredulidad.

–¿Es eso lo único que te importa, que no te avergüence en público? ¡Cuando tú llevas años humillándome a mí públicamente! –le gritó–.

Todo el palacio sabe que no vienes a mi cama. Todo el mundo piensa que soy la novia negra, que ha arruinado la vida de los tres hermanos el-Kanar. Hasta mis padres se lamentan de que sea incapaz de atraerte, por no mencionar que no les doy nietos, cada vez que los veo.

Se sintió orgullosa de sí misma, porque le estaba diciendo toda la verdad a Harun con ira y sarcasmo, en vez de llorando como una mujer débil.

–Y, por supuesto, todo el mundo sabe que, si no te intereso, es por mi culpa, dado que consumamos nuestra unión la noche de bodas y, desde entonces, no has vuelto a mi cama.

Hizo una pausa antes de atestarle el golpe final.

–Ah, y nadie en palacio ha dudado en hablarme de tu amante y tu hija. ¿Sabes cómo me siento, sabiendo que a mí me dejas sola y te vas con una mujer, a darle lo único que te he pedido yo, y que todo el servicio está al corriente?

Harun cerró los ojos y se frotó la frente, bajó los hombros. Parecía muy cansado y una parte de Amber deseó poder retirar lo que acababa de decirle.

–A estas alturas ya tenía que saber que las cosas que cuentan los criados solo son verdad a medias. La niña se llama Naima. Y su madre es Buhjah, y es una buena mujer –le dijo él con voz tensa.

Amber lo miró con incredulidad. Acababa de compartir con él la humillación que debía soportar en público y a diario, y lo único que hacía Harún era hablarle de su hija y de su amante.

¿Amaría a Buhjah? ¿Sería ese el motivo por el que nunca le había importado cómo se sintiese o lo que necesitase ella? Igual que Fadi.

–Vete –le dijo con voz temblorosa, dándose la vuelta–. Vete. Y será mejor que me encierres si no quieres que me marche y te avergüence públicamente.

–No, no voy a dejar así las cosas –le respondió él en tono inflexible.

Amber supo que no iba a suplicarle, no a ella. Era probable que la madre de su hijo consiguiese despertar su ternura y tacto, e incluso que se arrodillase ante ella, pero para Amber no era más que un muro de hielo. Aunque, ¿por qué iba a esperar otra cosa? Al fin y al cabo, era solo su esposa.

Enterró el rostro entre las manos.

–Cómo no, señor, haz que tenga que seguir humillándome ante ti. La ley y la religión te dan el poder. No puedo detenerte –le dijo en tono amargo, dejando de controlarse.

Al fin y al cabo, a Harun le daba igual que llorase o que se sintiese mal, pero tal vez la vergüenza al verla comportarse así hiciese que la dejase sola.

–Amber, no quiero seguir con esto. No puedo verte sufriendo, pero

no sé cómo ayudarte.

Unos segundos después, Amber oyó cómo se cerraba la puerta y suspiró aliviada o porque no podía sentirse peor, no estaba segura. Ni siquiera sabía si había conseguido que Harun la entendiese, o solo que se le alejase de ella.

No habría divorcio. Su padre preferiría verla muerta a divorciada. Aunque los criados la asediasen, no causaría semejante vergüenza pública a su familia. No quería que sus hermanas se quedasen solteras por su culpa y, lo que era peor, tener que separarse de su familia para siempre.

Era impensable. Imposible. Su familia era lo único que tenía y, a pesar de los continuos conflictos con su padre, los quería con todo su corazón.

Así que estaba allí atrapada, unida a aquel hombre para el resto de su vida.

–Entonces, ¿por qué no dejas de apartarlo de tu lado? –murmuró para sí misma.

Si quería su amistad y, lo que era más importante, un hijo que llenase el vacío que había en su corazón y poner fin a la humillación pública, tenía que contarle la verdad a Harun. Que, lejos de odiarlo, lo castigaba por no prestarle atención porque lo había admirado y deseado desde el día de su boda. Incluso en esos momentos lo presionaba para intentar, desesperadamente, que hablase con ella de verdad, que sintiese algo, lo que fuese…

No. Prefería morirse a tener que contárselo. ¡Tenía que ser él quien diese el primer paso! ¿Pero cómo…?

Un paño le tapó la boca de repente. Amber sintió pánico y luchó, pero pronto estaba atado a su nuca. También le ataron las manos a la espalda. Ella peleó, pero entonces un olor dulzón se le metió por la nariz e hizo que se sintiese aturdida antes de que todo se volviese negro.

Acababa de dar tres pasos cuando Harun se detuvo y se dio la media vuelta. ¿Qué estaba haciendo?

Amber estaba llorando y él la había dejado sola. Nunca había pensado que podría hacerla llorar y lo había conseguido… al hablarle de Naima y Buhjah.

–¡Idiota! –murmuró al darse cuenta de lo ocurrido.

¿Era posible que estuviese celosa? Intentó pensar con claridad. ¿Estaría sufriendo por el hijo que le había pedido el año anterior, por el hijo que él nunca le había dado, un hijo que era su derecho como esposa? Había dejado que pensase que Buhjah era el verdadero nombre de Rafa, y que esta era su amante y no la de Fadi…

Amber era su esposa. Y tenía que serle leal ante todo, por encima

de Buhjah y Naima, por mucho que le importasen estas. ¿Y si Amber quería más? ¿Y si lo quería a él?

Volvió a atravesar la puerta de su habitación antes de cambiar de idea.

–Amber, no voy a irme a ninguna parte…

Y se quedó inmóvil, mirando la puerta corredera que daba al pasadizo secreto que comunicaba sus habitaciones por la parte trasera, una puerta que no estaba nunca vigilada por órdenes suyas. La puerta daba a un túnel a través del cual se llegaba al exterior y que iba por debajo del palacio, creado en el siglo XVII, época en la que se secuestraba a muchas novias. Solo pudo ver los pies de Amber antes de que la puerta se cerrase, arrastrándose por el suelo hacia atrás.

¡La habían raptado! Podía tratarse de los el-Shabbat… o, todavía peor, de los el-Kanar, más violentos, que le habían enviado varios mensajes pidiéndole que se deshiciese de ella porque le traía mala suerte. Tal vez la vuelta de Alim les hubiese hecho entrar de nuevo en acción. Era una facción formada por autócratas reaccionarios y conservadores que odiaban a Alim por su occidentalización y que querían que él siguiese siendo el jeque. Si se habían llevado a Amber, la utilizarían para hacer desaparecer a Alim para siempre, y luego la matarían para que él pudiese casarse con una mujer más fértil.

¡No!

–¡Amber! –gritó, echando a correr hacia la puerta.

Llegó a ella antes de que se cerrase del todo, volvió a abrirla y la atravesó.

Giró hacia la izquierda y corrió por el pasadizo, y entonces notó un olor empalagoso y se sintió aturdido; la cabeza empezó a darle vueltas y todo se apagó.

Capítulo 5

El horrible dolor de cabeza y la sensación de mareo fueron el primer indicador de que las cosas no eran normales cuando Harun abrió los ojos. Unos ojos llenos de pegajosa arena, por lo que tuvo que parpadear varias veces antes de poder abrirlos bien.

El segundo indicador fue la habitación en la que estaba. Tumbado en una cama hundida que no había visto nunca antes. No era un lugar sucio, pero acostumbrado a sus aposentos, era evidente que olía a polvo.

Los muebles eran extraños. Después de mirar a su alrededor durante varios segundos, pensó que no había estado en una habitación con tan pocos muebles desde la época de la guerra. No eran muebles antiguos, sino viejos, baratos. La única alfombra que había en el suelo de madera parecía del siglo XVIII, pero estaba llena de agujeros. La mesa y las sillas eran de madera oscura, labrada, pero parecía que no las habían pulido en muchos años. Y los sillones que había junto a las ventanas tenían la tapicería desgastada.

Unas cortinas finas, casi transparentes, colgaban delante de las ventanas y alrededor de la cama, dándole una falsa intimidad, ya que en una vida llena de criados y políticos, dignatarios extranjeros y visitas de parientes, ya casi no entendía el significado de esa palabra.

Intentó frotarse los ojos, pero tenía las dos manos juntas, atadas con un cordón de seda doble. ¿Podría romperlo si estiraba con fuerza?

La seda era más fuerte de lo que parecía. Los nudos no se movían por mucho que lo intentase. Juró.

Un suave murmullo de protesta a sus espaldas le hizo quedarse inmóvil. Después oyó un suspiro y la respiración de una mujer profundamente dormida.

Se giró a pesar de que su cabeza protestó por el dolor, y miró a su compañera. Pálida, dormida, Amber estaba en la cama con él por primera vez, vestida solo con una bata del mismo color dorado que su piel.

Él también iba ataviado solo con unos calzoncillos de seda tan finos como la bata de Amber.

De repente, recordó débilmente haber visto los pies de su esposa desapareciendo por el pasadizo secreto. Y nada más.

Era evidente que los habían secuestrado, pero ¿por qué? ¿Por dinero? ¿O por algún motivo político? ¿Para qué querían secuestrarlos, si ya era demasiado tarde? No tenía sentido, Alim estaba de vuelta, dispuesto a ocupar su puesto de jeque…

¿Podía formar parte aquello de un complejo plan de el-Shabbat para reducir el poder de la familia el-Kanar en Abbas al-Din? Él

acababa de pagar cien millones de dólares por el rescate de Alim. Si su hermano pagaba la misma suma para que los liberasen a Amber y a él, el país no quebraría, pero los medios de comunicación reaccionarían negativamente contra la familia. Se preguntarían por qué los secuestraban y pensarían que eran débiles. Si secuestraban también a Alim…

Sintió un escalofrío solo de pensarlo. Si los secuestradores eran de el-Shabbat, estaban todos muertos. Alim acababa de ser liberado después de que lo hubiesen maltratado, no podría volver a soportarlo tan pronto. Si lo secuestraban, o lo mataban… su único hermano, lo único que le quedaba en el mundo…

¡Tenía que salir de allí! Estaría preparado para cuando entrase un guardia. Se sentó y buscó con la mirada algo que le pudiese servir de arma.

Amber murmuró y él se dio cuenta de que la había molestado. Tomó aire e intentó reorientarse. Si le había pasado algo a Alim, no podía hacer nada en esos momentos. Su prioridad tenía que ser salvar a Amber, pero aunque consiguiesen escapar de allí, ¿cómo iban a volver a casa casi desnudos?

Se preguntó qué clase de secuestrador lo podía dejar en una cama en calzoncillos, tumbado al lado de su esposa, aunque entendía lo que había querido hacer. Sin ropa, sin dignidad, ¿qué podían hacer?

Tenía que encontrar ropa y salir de allí.

Se puso en pie muy despacio e hizo una mueca al notar el roce de los calzoncillos de seda contra la piel. Siempre llevaba ropa de algodón, salvo cuando se tenía que vestir para alguna ceremonia. En privado, siempre se había sentido más cómodo con vaqueros y camisetas, hasta que se había dado cuenta de que, como jeque, tenía que parecer el perfecto hombre árabe en todo momento.

Solo había dos habitaciones, así que no tardó en buscar por todas partes. Además de la cama, la mesa y las sillas, los sillones de las ventanas y el armario, solo había una alfombra de oración. Se dio cuenta de que había sido eso lo que lo había despertado, la llamada a la oración, hecha desde algún lugar detrás del edificio.

A pesar de tener las manos atadas, podía buscar.

La enorme puerta doble estaba cerrada con llave. Las otras dos puertas daban al baño y al balcón, desde donde no parecía haber escapatoria. La habitación en la que se encontraban estaba en un quinto piso, sin ningún tejado debajo por el que saltar. Y, aunque lo hubiese habido, no le habría pedido a Amber que lo hiciese, ni la hubiese dejado sola.

En las mesitas de noche había vasos de agua y pañuelos de papel. En el cajón de la del lado de Amber había una veintena de horquillas.

Al parecer, sabían cómo le gustaba peinarse.

Se metió debajo de la cama, pero solo encontró polvo. Utilizando ambas manos, abrió el armario, en el que solo había una barra.

Si pudiese sacarla, podría hacer algo con ella, pero al intentarlo empezó a darle vueltas la cabeza.

Miró en el baño y en los dos armarios que había en él.

–Ni hilo dental ni papel higiénico –murmuró poco después, resistiendo las ganas de darle un golpe a un armario, o de tirar una de las botellitas de aceite perfumado contra la pared–. ¿Qué secuestrador dejaría a sus rehenes aceites perfumados para el baño?

Entonces empezó a pensar. Con determinados aceites, mezclados con pasta de dientes y algo de agua, porque suponía que, al menos, habría agua, tal vez podría hacer algo… tal vez una de las famosas bombas fétidas que Alim había fabricado en su niñez, o algo que tirar a los ojos de los secuestradores.

Deseó haber prestado más atención a los experimentos científicos de su hermano cuando eran niños.

En el baño no había más secretos. Era viejo y grande, estaba limpio. El váter tenía una manga detrás. Las toallas estaban raídas, solo servían para secarse.

Por el momento, no tenía más opciones. Con la mandíbula apretada y dolor de cabeza, volvió a tumbarse en la cama, cerró los ojos y aspiró el olor de Amber. No sabía si llevaba algún perfume o si era así como olía su piel. Deseó saberlo. Se fue embriagando con cada respiración y saboreó aquella intimidad tan nueva y, al mismo tiempo, familiar porque había soñado con ella muchas veces, y se volvió a dormir.

Amber no recordaba haberse despertado tan tranquila desde que era niña. De hecho, nunca se había despertado sintiéndose tan segura y feliz.

Oyó un ruido a su lado, una cadencia lenta y rítmica que no pudo reconocer. Había un olor que no podía definir. ¿Dónde estaba?

Abrió los ojos y vio la luz reflejándose en el vello moreno de un pecho desnudo de hombre. Respiró hondo y el olor le hizo sentirse como en casa.

Casi no se atrevió a levantar la vista, pero reconoció el olor y la sensación que este le causaba. Era él. La estatua de hielo se había convertido en un hombre caliente, fuerte. Por fin tenía al lado a su intocable marido.

Tenían que superar muchos problemas. No sabían cuáles eran las esperanzas y los miedos del otro, ni sabían cómo había sido su vida hasta entonces, pero, en esos momentos, no le importó. Harun estaba allí. Y ella sintió deseo.

Lo había sentido en su noche de bodas, cuando lo había visto

vestido de novio. Y al verlo salir del cuarto de baño con una toalla alrededor de la cintura. A partir de entonces, había pasado varias semanas sin dormir bien por las noches y, después de que la hubiese rechazado otra vez el año anterior, había estado trescientas cuarenta noches sin descansar bien, enfadada y hambrienta de él. En ocasiones lo habría dado todo por terminar con aquella farsa y encontrar a un hombre que la desease de verdad. Pero Harun no la deseaba y, además, no quería dejarla marchar.

Se le encogió el estómago al recordar cómo la había rechazado. ¿Por qué seguía deseando probarlo con la lengua y con los labios a pesar de todo? ¿Cómo podía desearlo tanto, si era frío y se mostraba indiferente? No conseguía apagar el estúpido deseo que sentía por un marido que la despreciaba. No podía evitar querer tocarlo y en esos momentos tenía el corazón acelerado. Se debatía entre el deseo y el orgullo, y tenía miedo a que otro rechazo más terminase por destrozarla.

«Hazlo. Bésalo solo una vez», le susurró una vocecilla en su interior, suave e insistente. «Tal vez eso te aclare las dudas. Tal vez no te guste tanto como piensas».

A Amber le dio la sensación de que lo tenía más cerca. Lo vio separar los labios y acercarse más.

Y sus ojos se abrieron y la miraron fijamente.

Amber contuvo la respiración y se preguntó si el deseo que veía en sus ojos era solo fruto de su imaginación. Deseó conocerlo mejor y tener el valor de preguntárselo.

Harun bajó la vista y ella se debatió entre el deseo y la indignación. Se llevó una mano a la parte alta de la bata y la otra subió con ella. Amber se dio cuenta de que las tenía atadas.

Luego miró a Harun como si no lo hubiese visto nunca. Lo recorrió de arriba abajo con la vista. Estaba casi desnudo… y excitado.

Notó que le ardían las mejillas y lo vio sonreír. Él sabía que lo deseaba, pero no dijo nada, no la tocó. No quería darle lo que más deseaba, un hijo. Alguien a quien amar.

«¿Una venganza muy bella, casi poética por haber dicho las tonterías que dije, verdad, Harun? ¿Cuándo vas a dejar de torturarme por el pasado?».

Se refugió en su prepotencia para preguntar:

–¿Quién me ha vestido así? ¿Quién me ha desnudado? ¿Dónde estamos?

Harun la miró a los ojos. Por un momento, Amber vio dudas y arrepentimiento en ellos, luego desaparecieron y se quedaron con esa expresión indescifrable que había empezado a odiar.

–Me temo que no puedo contestar a ninguna de esas preguntas. Solo puedo decirte que no he sido yo quien te ha desnudado –le

respondió, levantando las manos para enseñarle que también las tenía atadas.

Amber odió pensar que le hubiese gustado que la hubiese desnudado él, que la hubiese visto desnuda y la hubiese acariciado. Era un tonta, era patética por no dejar de desear esas cosas, por no dejar de soñar.

Notó que se ruborizaba todavía más y añadió:

–Ya suponía que no ibas a desnudarme tú, después de tantos años.

Él la recorrió con la mirada, tan despacio que Amber se sintió casi como si la estuviese tocando.

–Pues no deberías darlo por hecho –le respondió Harun con voz profunda–. En la situación en la que estamos, será mejor que no demos nada por hecho.

–¿Qué ha pasado? –le preguntó ella–. ¿Por qué nos han dejado aquí, así vestidos?

«Díselo, cobarde. ¡Os han raptado!», pero solo de pensarlo le entraron náuseas y se sintió impotente y atemorizado.

–No lo sé –le respondió, mirándola a los ojos–. Acabamos de pagar cien millones de dólares por el rescate de Alim. ¿Cuánto crees que podrían pagar entre Alim y tu padre para que nos liberen a nosotros?

–No sé cuánto dinero tiene Abbas al-Din, pero sé que mi padre se ha quedado sin recursos con los recientes problemas del Golfo –respondió Amber, mordiéndose el labio–. ¿Crees que los el-Shabbat están detrás de esto?

–No lo descartaría, aunque los responsables podrían pertenecer a una docena de familias poderosas. Son muchas las que querrían ponerse al frente de nuestros países –le dijo en voz baja–. Tu padre y Alim tendrán que tener eso en cuenta antes de tomar cualquier decisión.

–¿Crees que se habrán dado cuenta ya de que no estamos? –le preguntó ella en tono lastimero, como buscando su consuelo.

Harun suspiró.

–No lo sé. Alim tiene muchas cosas en la cabeza últimamente. Tal vez piense que nos hemos marchado juntos a intentar resolver nuestros problemas, a arreglar nuestro matrimonio.

«Ojalá lo hubiésemos hecho. ¿Por qué no has querido que lo hagamos?», estuvo a punto de decir Amber en voz alta, pero en esos momentos primaban otras cosas. Bajó la vista y frunció el ceño.

–¿Por qué nos han atado las manos y los pies no? ¿Por qué no estamos amordazados?

Harun movió las manos y Amber notó cómo uno de sus dedos la acariciaba.

–Tal vez alguien quiere que hablemos –sugirió él con los ojos brillantes.

Ella abrió la boca y la volvió a cerrar. No podía creer que Harun hubiese hablado en tono de broma.

–Para hacerte hablar a ti necesitarían una picana eléctrica, ya sabes, una de esas cosas que utilizan con los animales.

Harun sonrió, su gesto se relajó y Amber se quedó sin habla.

–¿Crees que merece la pena intentarlo? –le preguntó él.

Ella contuvo una carcajada y se puso seria.

–¿Te importaría ponerte serio? ¿Cómo vamos a salir de aquí?

–No creo que les haga falta amordazarnos, Amber –le dijo él en tono grave–. Estamos en un quinto piso. Los muros son gruesos y los edificios más cercanos están como a cien metros de aquí. Hay guardias en la puerta y en todos los edificios de alrededor, así que dudo que sirviese de algo ponerse a gritar.

Era absurdo, sentirse tan bien porque Harun la estaba tocando con un dedo cuando estaban secuestrados y tal vez estuviesen muertos al anochecer, pero en esos momentos cualquier cosa habría servido para reconfortarla.

–¿Ya has mirado?

Él asintió con gesto tenso.

–No hay salida, al menos que alguien nos saque. Es un secuestro perfectamente planeado.

–¿Crees que nos estarán buscando ya? –le preguntó ella.

Harun se encogió ligeramente de hombros, gesto que Amber siempre había odiado, aunque en esos momentos lo hiciese más para reconfortarla que para ningunearla.

–Eso depende de lo listos que hayan sido nuestros secuestradores, y de si han oído nuestra conversación.

Ella frunció el ceño.

–¿Qué han podido oírnos decir?

Él la miró fijamente, como para hacerla recordar, y Amber no tardó en entenderlo. Le había dicho que quería divorciarse, despreciando así las leyes y tradiciones de su país. Y cualquier criado podía haberlo oído.

Cerró los ojos.

Harun la había respetado al ir a su habitación a hablar con ella, en vez de discutir sus problemas delante de Alim. Ella, por su parte, no había sido tan cuidadosa y había querido humillarlo públicamente para intentar hacerlo reaccionar. Había pensado en sí misma, en sus necesidades, y en esos momentos ambos estaban sufriendo las consecuencias.

–Lo siento, Harun –susurró–. Es todo culpa mía.

–No perdamos el tiempo echándonos la culpa el uno al otro, o a nosotros mismos, cuando todavía no sabemos lo que ha ocurrido –le dijo él, acariciándole los dedos con suavidad–. Eso no nos va a servir

de nada ahora. Tenemos que ser capaces de pensar con claridad y de trabajar juntos.

Sin darse cuenta, Amber apoyó la cabeza en su hombro. O tal vez fue él quien se acercó. El caso fue que, de repente, tenía la cabeza entre su hombro y su pecho y estaba escuchando su respiración.

–Gracias.

–¿Por qué?

Ella sonrió.

–Un hombre más inseguro se habría pasado una hora reprendiéndome por mi comportamiento tan poco femenino, o por haber sido tan prepotente y haberte retado delante de tu hermano. Un hombre menos inteligente me habría echado a mí toda la culpa de la situación. Un hombre menos hombre tal vez incluso me habría golpeado hasta someterme.

Él sonrió.

–Jamás se me ha pasado por la cabeza. ¿Por qué piensas que me gustaría tener una mujer floja y manejable?

«Es la primera vez que lo veo sonreír así», se dijo ella.

De hecho, dudaba que lo hubiese visto sonreír, salvo delante de las cámaras.

Estaba consiguiendo distraerla y reconfortarla de un modo que jamás habría esperado, al menos, de él.

¿Era ese el motivo por el que sus hombres lo seguían en la guerra con semejante ferocidad? ¿También les hacía sentir a ellos que podían sobrevivir a cualquier cosa?

Fuese real o solo un truco, Amber no quiso discutir con él. Por el momento, solo lo tenía a él, y la idea de perderlo, de perder su sonrisa y la caricia de su mano, le resultó insoportable.

–Si me hubieses contado qué clase de mujer querías, podría responderte a eso –le dijo en tono de broma–, pero la verdad es que no tengo ni idea.

Harun se echó a reír.

–Sí, no eres la primera que me dice que soy demasiado reservado.

Fascinada, Amber miró su boca.

–En todo este tiempo, nunca te había oído reír.

Y casi esperó que él replicase algo en tono frío, pero, en su lugar, sonrió todavía más.

–¿Crees que ha hecho falta que nos secuestren para demostrarte cómo soy en realidad? Si te gusta mucho, podemos organizarlo para que ocurra de manera regular.

Ella se echó a reír.

–¿Cómo puedes ser siempre tan serio cuando todo está normal y ser tan… encantador en estos momentos, cuando podemos…?

Amber no pudo terminar la frase, de repente, tenía un nudo en la

garganta y lágrimas en los ojos.

–Bueno, ya ves, estoy intentando distraerme porque me pica la espalda y no puedo rascarme –le respondió él, levantando las manos atadas.

Y eso volvió a hacerla reír. En el fondo, sabía que lo que intentaba era distraerla a ella, y el gesto la emocionó.

–Si quieres, puedo hacerlo yo –se ofreció, tragándose el nudo de la garganta–. Date la vuelta.

Harun se giró y ella volvió a quedarse sin aire al darse cuenta de que estaba desnudo de cintura para arriba. Observó sus hombros anchos y bronceados, su musculosa espalda.

–¿Dónde te pica? –le preguntó, intentando controlar el deseo.

Era la primera vez que lo tocaba e iba a ser para rascarlo.

–Debajo del omóplato izquierdo –respondió él con voz extraña, y notó cómo Amber le rascaba la zona con ambas manos–. Qué bien. Tienes una manos mágicas, ¿lo sabías? ¿A ti no te pica nada? ¿Quieres que te rasque?

Y ella pensó que sí, que le picaba la curiosidad. No entendía por qué Harun no le había hablado antes, por qué solo había querido hacerle daño y humillarla.

–¿Nos rascamos la espalda el uno al otro? –le preguntó.

–A mí me parece una buena idea –le dijo él con voz ronca–. Te rascaré donde quieras, Amber, solo tienes que pedírmelo.

A ella se le aceleró la respiración y levantó la vista a su rostro mientras Harun se giraba, acercándose todavía más al hacerlo. Sus muslos estaban pegados y la estaba mirando con deseo. Era la primera vez que un hombre la miraba así y para Amber fue como la caricia de los rayos del sol después de un largo y frío invierno.

–Harun –susurró.

Y su cuerpo se movió hacia él, levantó el rostro mientras él lo bajaba…

Y entonces Harun se apartó de repente y ella se sintió enfadada y decepcionada.

Capítulo 6

Hasta que se dio cuenta de que Harun la estaba protegiendo con su cuerpo.

–¿Quién está ahí? –preguntó en tono firme–. He oído que se abría la puerta. ¡Déjate ver!

Efectivamente, se había puesto delante de ella para que no viese la puerta y para que la persona que estuviese en ella tampoco pudiese verla.

Amber intentó taparse con la bata, pero pronto se dio cuenta de que no merecía la pena.

Un hombre se acercó a ellos, iba descalzo y vestido con una túnica árabe color arena. Tenía una enorme cicatriz en el rostro. Sin decir palabra, les hizo una ridícula reverencia. Después tapó a Amber con la sábana y, sin mirarla, utilizó un cuchillo para liberarle las manos. Luego hizo lo mismo con Harun. Cuando este quedó libre, el hombre señaló la pequeña mesa que había al lado de la ventana, donde había dos bandejas con comida y bebida, y volvió a inclinarse ante ellos.

Harun se puso en pie de inmediato, pero el hombre le levantó una mano fuerte, como para advertirle que no intentase hacer nada. Dio una palmada y aparecieron dos guardias armados, apuntando a Harun.

Amber cerró los puños con fuerza en vez de llevarse las manos a la boca. No quería que los guardias se diesen cuenta del miedo que le daba ver que estaban apuntando a Harun.

Y si este sintió miedo, tampoco lo demostró.

–¿Qué es esto? –inquirió–. ¿Dónde estamos y qué queréis de nosotros?

El hombre mantuvo la mano levantada, tenía la mirada perdida.

–Así que solo eres un mandado –dijo Harun–. Puedes guardar silencio para que no reconozca tu dialecto, pero el dinero que esperáis conseguir jamás te llegará a ti ni a tu familia.

Como respuesta, el hombre recorrió la habitación y fue señalando todas las posibles vías de escape para demostrarles que no podrían salir de allí.

Amber se puso en pie y, tapándose con la sábana, se escondió detrás de Harun que, de repente, le parecía más alto y fuerte que antes.

–Hay francotiradores por todas partes –le dijo.

Qué Alá los ayudase, estaban rodeados de francotiradores.

–No lo pienses. Seguro que las armas ni siquiera están cargadas –le contestó él, susurrándole al oído y sin apartar la mirada de los guardas. Luego, añadió en voz alta–: Te prometo, Amber, que saldremos de aquí sanos y salvos. Estos hombres saben quiénes somos.

No correrán ningún riesgo con nosotros porque saben lo que valemos. Y los cobardes que se esconden detrás de ellos están demasiado asustados como para dar la cara.

El hombre que había entrado en la habitación pareció sonreír con la mirada, incluso parecía haber en ella algo parecido a respeto. Volvió a inclinarse ante ellos y salió de la habitación.

La puerta se cerró con un golpe y Harun se dio cuenta de que no solo estaba cerrada con llave, sino que también habían colocado una barra para bloquearla.

Amber se estremeció.

–Qué… nervios.

Casi sin darse cuenta alargó una mano temblorosa hacia él. En esos momentos estaba demasiado asustada para recordar que era de débiles necesitar que la reconfortasen.

Harun tomó su mano con fuerza.

–Han querido paralizarnos para que los obedezcamos –le dijo en voz baja, iracunda–. Recuerda que quieren nuestro dinero. Esto es solo un juego para ellos. No nos harán daño, Amber. Nos necesitan vivos.

–¿Y por qué nos rodean de francotiradores? –le preguntó ella, acercándose más–. ¿Por qué nos traen a un sitio así?

Él dudó un instante antes de contestar.

–La guerra del Shabbat.

No dijo nada más, no hizo ninguna referencia a su heroico acto de tres años antes, nunca había hablado de ello, ni había hecho ningún comentario acerca de su título: el querido tigre. Pero sus acciones ya formaban parte de la leyenda. El pueblo de Abbas al-Din se sentía seguro teniéndolo como jeque.

–¿Quieres decir que les da miedo lo que les puedas hacer?

–Por el momento no puedo hacer nada –respondió él–. Quieren que pensemos que están preparados para luchar, pero el silencio del guardia es muy significativo. No quieren que sepamos dónde estamos. Saben que, si habla, podría reconocer su dialecto.

Amber frunció el ceño y lo miró.

–¿Por qué ibas a conocer su dialecto?

–Quien nos ha secuestrado sabe que tengo conocimientos lingüísticos y que conozco casi todos los dialectos árabes.

–Ah –dijo ella, sintiendo otro escalofrío y preguntándose qué habría estudiado Harun y por qué no se lo había preguntado nunca–. Ahora me gustaría comer.

–Espera –le dijo él, atrapándola entre sus brazos.

Más afectada por los acontecimientos de lo que quería admitir, ella lo fulminó con la mirada.

–¿Por qué? Tengo hambre.

–Porque has estado inconsciente varias horas y no has comido en

todo el día. El miedo te ha dado fuerzas para salir de la cama, pero es posible que tus piernas no puedan aguantarte más.

«Lo mismo que tú», pensó ella. «Puedo andar sola», deseó decir, orgullosa, pero no pudo porque las piernas se le doblaron de repente y Harun la tomó en brazos.

–Gracias –le dijo en un susurro.

–Ven, tienes que comer y beber –le dijo él, dejándola en una silla–, pero suéltame primero.

Amber frunció el ceño al oír aquello.

Y él añadió con una sonrisa en los labios:

–Creo que tu cuerpo no soportaría más drogas, Amber. Has dormido mucho más que yo y todavía estás temblando. Voy a comprobar que la comida está bien.

Emocionada de nuevo por tantas atenciones, Amber intentó sonreírle, pero no fue capaz de hablar. En esos momentos no sabía si estaba temblando por la droga o porque Harun estaba siendo tan considerada con ella… y porque lo tenía tan cerca, sonriéndole por fin. O porque…

–Me han secuestrado –le dijo en un susurro, aunque le habría gustado hablar con fuerza.

–No lo pienses –le aconsejó él en tono amable–. Necesitas algo de tiempo para hacerte a la idea.

Ella asintió, agradecida por su comprensión.

Harun probó el agua.

–No sabe raro, ni he sentido nada en el corte interno que me acabo de hacer. Creo que se puede beber –dijo, sirviéndole un vaso–. Hazlo despacio para que no te entren náuseas.

Ella lo miró fijamente, conmovida. Harun se había hecho un corte para protegerla. También la había protegido del guardia. Y la había llevado hasta la mesa. Aquel era el Habib Numara del que tanto había oído hablar, pero al que nunca había visto.

–¿Por qué sabes tanto de los efectos de las drogas? –le preguntó después de dar un sorbo y notar que le ardía el estómago. Dejó el vaso con mano temblorosa–. ¿Fuiste secuestrador antes que jeque?

Él sonrió al oír la broma.

–Sé de deshidratación, y tú has estado mucho tiempo sin beber. Estuve una época en el desierto, cuando tenía diecinueve años, y aprendí mucho, y me sirvió después para la guerra del Shabbat.

Amber sintió curiosidad a pesar de las náuseas. Inclinó la cabeza.

–¿Qué fuiste a hacer al desierto? ¿Estuviste en las fuerzas armadas?

–No –respondió él, sirviéndose un líquido oscuro que había en una cubitera en su copa. Le dio un trago y se lo pasó por la boca, como había hecho con el agua antes de contestar–. Estuve un mes en unas excavaciones, en Yemen. Allí cuentan que podría haber un palacio

enterrado de la época de la reina de Saba. Vuelve a beber agua, Amber. Si das un sorbo más o menos cada treinta segundos, tu estómago se acostumbrará y poco a poco te irá subiendo la tensión y dejarás de sentirte desorientada. Te daré un poco de té con hielo en cuanto sepa que vas a tolerarlo.

–¿Por qué estuviste en unas excavaciones? –le preguntó ella antes de volver a beber.

Él la miró sorprendido.

–¿No lo sabes? Pensé que tu padre te lo habría dicho. Estudié Historia de Oriente Medio y me especialicé en Arqueología. También estudié Lingüística, en especial, dialectos antiguos, para poder traducir tablillas de escritura cuneiforme, pergaminos con detalles íntimos de la familia o incluso con las cuentas del día.

Ella se quedó sorprendida al oír aquello.

–¿Sabes leer escritura cuneiforme? ¿Has leído la epopeya de Gilgamesh en su forma original, o algún documento de las guerras de Troya?

–Sí –respondió él, arqueando las cejas–. ¿Qué sabes tú de la epopeya de Gilgamesh?

Ella se encogió ligeramente de hombros.

–Lo que mis tutores me enseñaron hace años, y leo todo lo que publican al respecto en la revista *Dioses y tumbas*.

En esa ocasión fue él el sorprendido.

–¿De dónde sacas la revista? ¿Has estado en mi habitación?

Amber volvió a encogerse de hombros.

–Estoy suscrita desde hace años –dijo, y dudó antes de añadir–: Siempre espero con impaciencia a que salga el siguiente número.

–¿Sabes que ahora la puedes leer *online*? –le preguntó él.

–Sí, pero me gusta tenerla en mis manos y pasar las hojas una y otra vez.

–Sí, por eso estoy suscrito yo también.

Se sonrieron, como un chico y una chica que acabasen de conocerse en una fiesta.

–¿De dónde sacas el tiempo para leerla, con todas las cosas que tienes que hacer?

–Por la noche, antes de dormir –le confesó Harun–. Tengo una lamparita en mi mesilla de noche.

–Yo también. Solo doy esa luz para que los criados no entren a preguntarme si deseo algo. Solo quiero leer tranquila.

–Exacto –dijo él con los ojos brillantes–. Es mi momento de ser yo mismo.

Y Amber pensó que parecía más joven.

–Lo mismo que yo –admitió, sintiéndose feliz por haber averiguado que tenían aquello en común–. ¿Cuál es tu periodo favorito?

Él rio.

–Siento curiosidad por los amalecitas.

–¿Por quién? –preguntó ella–. Es la primera vez que oigo hablar de ellos.

–Eran pueblos nómadas, salvajes y de los que hay poca información. *Dioses y tumbas* hizo una serie sobre ellos hace años, antes de que te suscribieras, y yo la utilicé en la universidad. Tengo las revistas en casa, ya te las enseñaré cuando volvamos.

–Me encantaría –le dijo ella–. ¿Siempre quisiste ser arqueólogo?

Harun se encogió de hombros y asintió.

–Siempre me encantó la historia. Fadi pensó que la podría utilizar para ayudar a Abbas al-Din. Pensó que Alim y yo podríamos utilizar nuestros conocimientos de diferentes maneras. Alim, científico y piloto, sería el camino al futuro, el que le proporcionaría al país el dinero que tanto necesitaba, explorando maneras de utilizar nuestros recursos que no dañasen al medio ambiente. Yo indagaría en nuestro pasado para descubrir nuestros secretos. Se sabe muy poco de la historia de Abbas al-Din porque nuestro tatarabuelo prohibió la arqueología después de que se encontrase algo que, al parecer, deshonraba a nuestros antepasados.

Dicho aquello, sonrió.

–Cuando le conté a Fadi lo que quería hacer, me dio carta blanca. Pensó que estaría bien que una de las familias reales descubriese algo y no lo ocultase, aunque fuese incómodo. Después de la excavación de Yemen, organicé otra en el desierto de Mumadi, al oeste de Sar Abbas, ya que Fadi no quería que saliese del país, pero al final no pude ir.

Harun inclinó la cabeza para dar gracias por la comida y tomó el cuchillo y el tenedor para probar la ensalada. Amber lo miró fascinada. No quería estropear el momento preguntándole por qué no había podido ir. Sabía la respuesta. La vida pública de Alim había hecho que Harun tuviese que quedarse en casa, ayudando a Fadi durante años. Después, con la muerte de Fadi y la deserción de Alim, se había visto obligado a hacer muchas cosas, además de casarse con una mujer a la que no quería.

Harun asintió al tomar la ensalada y le sirvió un poco.

–Yo creo que se puede comer todo. Lo más normal es que se pongan las drogas en la bebida.

Amber le dio las gracias y no pudo evitar preguntarle:

–¿Y estás al tanto de los nuevos hallazgos?

–Además de estar suscrito a todas las revistas, tengo una gran colección de libros en mi habitación que leo siempre que tengo tiempo. También me mantengo al día a través de Internet. Y financio las excavaciones que puedo con mis propios fondos.

–Debe de ser duro, que te guste algo tanto, financiar esas

excavaciones y no poder estar allí –comentó ella.

–No merece la pena desear algo que no se puede tener, ¿no?

Pero él lo hacía, y a Amber le dolió que Harun tuviese que dedicar su vida a los demás.

Como si sintiese la pena que sentía por él, Harun preguntó bruscamente:

–Entonces, ¿tienes alguna sospecha de quién ha podido secuestrarnos y por qué?

Ella se mordió el labio y negó con la cabeza.

–Le he estado dando vueltas, pero no lo entiendo. Si fuesen los el-Shabbat, lo habrían hecho hace más o menos un año…y habrían pagado para que matasen a Alim en África. ¿Qué sentido tiene secuestrarnos ahora? Alim está de vuelta, es probable que se case con la enfermera… la dinastía continúa.

–Lo sé –admitió él, frunciendo el ceño–. No tiene sentido, a no ser que…

–¿Qué?

Harun la miró a los ojos.

–Nosotros no hemos continuado con la dinastía, Amber. Hay demasiadas personas que saben que no hemos compartido nunca una cama. Los seguidores más tradicionales de el-Kanar piensan que me traes mala suerte, y odian que Alim esté tan occidentalizado. Y deben de pensar que ya hemos contaminado cualquier futura unión, teniendo en cuenta quién y qué es la mujer con la que pretende casarse Alim.

–¿Qué quieres decir? ¿Qué tenemos nosotros que ver en la relación de Alim con esa mujer? –le preguntó ella con el ceño fruncido.

Harun se encogió de hombros.

–Será mejor que lo sepas. Hana, la mujer a la que ama Alim es enfermera y, sí, salvó su vida, pero aunque nació en Abbas al-Din, creció en Australia y no es una mujer tradicional. Además, no es virgen, ni pertenece a la clase alta, es una plebeya. Y eso no es lo peor.

–¿Hay más? –preguntó ella, fascinada y sorprendida.

–Aunque Alim ha conseguido que anulen su matrimonio con un narcotraficante, este todavía está en la cárcel. Ya sabes cómo utilizaría eso la prensa.

–¿Cómo puede pretender Alim casarse con una mujer así?

Harun volvió a encogerse de hombros.

–Alim ha traído mucha riqueza a nuestro país. Y Hana se ha convertido en una heroína nacional al salvarle la vida arriesgando la suya propia. Sin ella, Alim estaría muerto o no habría vuelto nunca a casa. Y dado que nosotros no hemos tenido hijos en estos tres años, es posible que los jeques hereditarios aprueben su unión para que continúe la dinastía. Imagino que, a estas alturas, Alim ya tendrá pensado anunciar que, o le permiten casarse con Hana, o me quedo yo

como jeque. La quiere y no va a renunciar a ella.

Amber no pudo evitar sentirse celosa.

–Es una mujer afortunada. ¿También sientes tú lo mismo por… cómo se llamaba?

–Buhjah, quieres decir –respondió él en tono irónico–. Veo que todavía no me conoces, Amber.

Ella levantó la barbilla.

–No sé de quién será la culpa.

–La verdad es que la culpa es de demasiadas personas. Y, sí, mía también, pero echarnos la culpa el uno al otro no nos va a llevar a ninguna parte en esta situación.

–De acuerdo –dijo ella.

–Yo creo que tal vez este secuestro sea un acto reaccionario. Los que quieren a Alim quieren quitarnos del medio, o quienes quieren a Hana han hecho esto para que se pueda casar con él, lo que significa que nos liberarán cuando se acepté el matrimonio y empiecen los preparativos de la boda.

Amber frunció el ceño.

–Bonita historia, pero creo que no quieres decirme en quién estás pensando en realidad.

–Amber…

–No soy una niña –replicó ella–. Esta es mi vida, Harun. Tengo que saber a qué me estoy enfrentando si quieres que te ayude.

Después de unos segundos, Harun se levantó de la mesa y se colocó a su lado.

–Es posible que también hayan secuestrado a Alim aquellos a los que no les gusta su occidentalización –le dijo–, y que nos hayan dejado aquí, con esta ropa, solos, para conseguir lo que quieren.

–¿Y qué quieren? –preguntó ella en un susurro, levantándose para poder escucharlo mejor, porque estaba hablando muy bajo.

–Es evidente –murmuró Harun–. Quieren un heredero el-Kanar legítimo, de la mujer adecuada. ¿Y quién mejor que tú?

Amber se ruborizó.

–Ah. ¿Y qué más? –le preguntó, sabiendo que no se lo estaba contando todo–. Dime qué es lo que te asusta. También es mi vida. Merezco saberlo.

Él se quedó en silencio y Amber se preguntó si tendría que volver a presionarlo, o a enfadarlo para que le contestase. Entonces, él le susurró al oído:

–Si hacemos el amor y te dejo embarazada, Amber, no tendrán ningún motivo para mantener a mi hermano con vida.

Capítulo 7

¿Quién conspiraba constantemente contra ellos? Incluso estando medio desnudos y juntos en la cama, no iba a ocurrir.

¿Tendrían alguna vez un matrimonio normal, o era un sueño inalcanzable?

Amber miró a Harun a los ojos y vio miedo en ellos. Alim era la única familia que le quedaba.

Se dio cuenta de la pesadilla que estaba viviendo y sintió un escalofrío. No podía enfadarse con él por anteponer la vida de su hermano a todo lo demás.

Asintió despacio, intentando hablar con tranquilidad.

–En ese caso, no haremos el amor –le dijo.

–Muchas gracias, Amber –le respondió él–. Sé lo mucho que deseas un hijo. Esto es un gran sacrificio para ti.

–Si hubiese alguien de mi familia en peligro, te habría dicho lo mismo. Ahora, ¿qué?

Harun volvió a su lado de la mesa.

–He inspeccionado la habitación mientras dormías. No hay ninguna ventana que no esté vigilada, ninguna puerta ni salida en la que no haya un guardia, incluido el tejado. Y, como ya has visto, hay francotiradores por todas partes.

–¿Así que vamos a tener que estar encerrados en es-ta jaula de oro hasta que alguien pague el rescate?

Él asintió despacio.

–Sí.

A Amber se le encogió el estómago y él la miró como si quisiera decirle algo. Que los guardias estaban escuchándolos. Tenían que tener cuidado con lo que hablaban en voz alta.

–Estamos aquí encerrados y, aunque no te guste, recuerda que accediste a casarte conmigo.

–Bueno, por lo menos nos están tratando mejor de lo que trataron a Alim en África.

A juzgar por la expresión de Harun, parecía que hubiese preferido que lo tratasen mal. Amber frunció el ceño.

–¿Te sientes avergonzado por este secuestro?

–No puedo sacarte de aquí, Amber –le respondió él sin mirarla–. No hay ninguna salida. Y no sé lo que quieren, pero no tenemos elección, tendremos que hacer lo que nos digan.

–¿Y eso te hace sentirte impotente? Harun, te han drogado y te han traído aquí en contra de tu voluntad…

–Pero a Alim no le pasó eso, ¿verdad? Se sacrificó. Fue un héroe incluso secuestrado –dijo Harun, apretando la mandíbula–. ¿Qué clase

de hombre soy, que ni siquiera puedo pelear, ni encontrar una salida? Si Alim no fue capaz de escapar, ¿cómo va a hacerlo alguien como yo?

Era evidente que Harun se sentía inferior a su hermano, ya que este había arriesgado su vida para salvar a la mujer a la que amaba. Y Amber se preguntó cuántas veces se había sentido así en el pasado, si había sido muy duro para él ser el hermano pequeño y callado del héroe nacional y tener que vivir a la sombra de este.

–¿Alguien como tú? –repitió ella, sintiéndose enfadada de repente–. ¿Cómo te apresaron?

Él volvió a encogerse de hombros como si eso no importase.

–¡Cuéntamelo, Harun!

–De acuerdo. Entré en la habitación y vi que se te estaban llevando. No tenía tiempo, así que corrí tras de ti y me atraparon también. Te fallé porque no me paré a pensar. Y, sí, antes de que lo digas tú, ya lo digo yo, ¡Alim lo habría hecho mejor!

–¿Cómo? –replicó ella, todavía más enfadada.

Él sacudió la cabeza.

–Si me hubiese parado a pensar, habría llamado a la guardia…

–Entonces tal vez se me hubiesen llevado y estaría aquí sola y aterrada –le dijo, dando un golpe en la mesa–. Me da igual lo que habría hecho Alim. Alim no está aquí. Tú estás aquí, porque intentaste salvarme. Y no tenías por qué haberlo hecho.

–Pues menudo éxito tuve –comentó Harun en tono burlón.

Ella lo agarró por los hombros.

–Estás aquí conmigo. ¿Cómo puedes pensar que no te pareces en nada a Alim? ¡Si sois iguales! Para mí, eres mucho más héroe de lo que él lo será nunca. ¿Crees que él habría sacrificado su libertad por mí como lo has hecho tú? ¿No sabes que lo que has hecho… significa mucho para mí?

Él la miró, su expresión era indescifrable.

–Nunca me habías tocado por voluntad propia.

Ella bajó la vista a sus manos.

–Ni tú a mí –respondió en un susurro. De repente, le costaba respirar.

Ambos se apartaron y Amber tuvo la sensación de que la despojaban de algo.

–Me alegro mucho de que estés aquí conmigo, Harun –admitió en voz baja–. Ocurriese como ocurriese. Sin ti… Me alegro de que seas tú.

–Amber.

Harun le habló en voz tan baja, solo dijo su nombre, pero… Ella se sintió dividida entre las múltiples humillaciones que recordaba y una esperanza desconocida. Separó los labios. Lo miró a los ojos y vio…

En ese momento se abrió la puerta.

Cuando Amber lo miró así a los ojos, con aquella expresión dulce, casi esperanzada, Harun supo, sintió… Pero el ruido de la puerta estropeó aquel momento. Acababa de entrar un hombre vestido con una túnica y un pañuelo en la cabeza y Amber, ruborizada, había bajado la vista a su plato, como si no existiese nada más.

Él no se levantó porque estaba excitado y no podía permitir que el guardia se diese cuenta, así que esperó sentado a que este les retirase la comida y se marchase.

–¿Estás seguro de que no hay ninguna salida? Yo creo que deberíamos mirar juntos –le sugirió entonces Amber en un susurro.

Harun hizo un esfuerzo por no sentirse ofendido y pensó que, además, a ambos les vendría bien una distracción.

–Buena idea –consiguió contestar–. Todavía estaba drogado cuando miré, tal vez se me haya pasado algo.

Sabía que no era el caso, pero tenía que apartarse de ella.

Amber lo miró fijamente, nerviosa.

–Solo quiero estar segura, además, no tenemos nada más que hacer.

A él se le ocurrió algo increíble y peligroso que podían hacer, pero asintió e intentó no mirarla.

–Es normal que quieras verlo por ti misma, a mí me pasaría lo mismo.

–Gracias –le dijo ella, aliviada.

¿Por qué no haría frío para poder taparla con la sábana de la cama, una toalla o lo que fuera? Aunque no hubiese servido de nada, porque tenía la imagen de su belleza marcada en la mente desde su noche de bodas.

–Mira aquí mientras yo voy al baño.

–Yo… preferiría que estuviésemos juntos, si no te importa –le respondió ella en voz baja.

Seguía sin mirarlo, pero estaba pálida.

Harun se maldijo en silencio por pensar solo en sí mismo, en sus necesidades. Amber estaba asustada y solo lo tenía a él.

–Por supuesto. ¿Por dónde prefieres que empecemos?

Ella le levantó de repente y se acercó a él.

–No… puedo pensar. No sé qué hacer.

Harun apartó la silla y la sentó en su regazo. La abrazó y le acarició el pelo de color miel oscura.

–Estoy aquí, Amber. Pase lo que pase, no te dejaré sola.

–Gracias –le dijo ella con voz temblorosa, enterrando el rostro en su cuello–. Estaré mejor en un minuto. Es solo que ese hombre… su silencio me aterra. Y esas pistolas. No puedo dejar de verlas en mi mente.

–Eso asustaría a cualquiera –admitió él, intentando no pensar en

otra cosa.

–¿Tuviste miedo cuando estuviste en la guerra? –le preguntó Amber en un susurro.

Y él tuvo que luchar por controlar su deseo.

–Por supuesto que sí –le dijo–. Todo el mundo tiene miedo, aunque diga lo contrario.

–Pues dicen que tú no lo demostraste –continuó ella, levantando la cabeza para mirarlo a los ojos–. Todo el mundo dice que luchaste como si estuvieses poseído.

Él se preguntó si eso quería decir que Amber se había interesado por él en su ausencia, durante todos los años que él la había ignorado.

–Tenía que estar al frente de mis hombres.

No podía decirle que había luchado viendo en el enemigo el rostro de su hermano. Porque este siempre le había despertado tanto amor y resentimiento al mismo tiempo que no era capaz de separarlos, sobre todo, desde que había descubierto que Amber quería casarse con Alim. Y en esos momentos estaba pagando esa ambivalencia. Si habían secuestrado también a Alim o si, Dios no lo quisiese, estaba muerto…

–Todo el mundo dice que allá adonde ibas, tomabas el mando –le dijo Amber casi sin aliento.

–Hasta matar a un hombre al que consideras tu enemigo es difícil, Amber. Pero los el-Shabbat tenían motivos para hacer lo que hicieron. Yo lo sabía, y Alim había dejado al país sin líder y era evidente que no le interesaba volver. Yo me preguntaba qué estaba haciendo al aceptar semejante papel.

–Entonces, ¿por qué luchaste? –murmuró ella, con la cabeza apoyada en su hombro en esos momentos.

Él no tenía ganas de explicarse, pero sabía que había puesto las vidas de Amber y de Alim en peligro por anteponer sus sentimientos a las necesidades de la nación.

–Cuando los el-Shabbat escogieron a Mahmud el-Shabbat como líder, un hombre sin conciencia, al que solo le importaba su familia, me vi obligado a luchar.

–Y te convertiste en un héroe.

Él necesitó respirar, pero antes dijo:

–Todavía puedo ver los rostros de los hombres que maté, Amber –le confesó–. La guerra no es algo de lo que uno pueda estar orgulloso.

–Te vi llegar en la carroza, parecías contento de estar allí.

–Pues no me sentía nada bien. Había matado a hijos, padres y había dejado viudas y huérfanos, todo para conservar un poder que nunca ha sido mío.

Ella lo miró al oír aquello.

–¿Por eso quieres devolvérselo a Alim?

Él asintió lentamente.

–Por eso, y porque no soy yo quien debe dar el poder a nadie. Yo solo lo estaba custodiando hasta que él regresase.

–Te identificas con las personas contra las que luchaste –comentó ella en tono comprensivo.

Harun deseó inclinar la cabeza y besarla.

–Con sus familias –le respondió–. Me quedé huérfano con ocho años. Y perdí a mis dos hermanos casi a la vez.

–Y perdiste a tu esposa incluso antes de la boda –añadió Amber–. Te viste obligado a luchar por tu familia, por tu país, mientras todavía estabas de luto. Lo diste todo por tu familia y por tu país a pesar de que Fadi, Alim y, por último, yo, te habíamos abandonado. Lo siento, Harun. Estabas solo. Yo tenía que haber intentado ayudarte más.

Era como si Amber pudiese ver en su interior cosas que ni él veía. Pensaba que era más especial de lo que era en realidad.

–No, Amber. Fui yo quien te apartó de mí –le dijo, sonriéndole–. Todo fue culpa mía.

–No es cierto y tú lo sabes, pero echarnos la culpa el uno al otro no nos va a servir de nada en esta situación –respondió ella, mirándolo con los ojos brillantes y esbozando una sonrisa.

–Veo que vuelves a tener energías –le dijo Harun sonriendo.

Ella le guiñó un ojo.

–Ya te he dicho que estaría mejor en un minuto. O cinco –se corrigió, riendo.

–Entonces, vamos a ponernos a buscar –sugirió él.

Luego se dijo que había sido un tonto. Después de un día prestándole atención, Amber lo miraba casi con tanto deseo como él a ella. Estaba seguro de que si se la llevaba a la cama en ese momento, no se resistiría.

–El momento y el lugar equivocados… y Alim podría morir –murmuró entre dientes para aplacar su deseo.

Y con aquello en mente se arrodilló para ver si había algún baldosín suelto.

Sin saberlo, Amber hizo el mismo recorrido que había hecho él mientras dormía, pero se asomó demasiado a la ventana y Harun la agarró por la cintura para sujetarla, teniendo que volver a hacer un esfuerzo por controlar su deseo.

Al volver a entrar en la habitación, Amber suspiró:

–Estamos tan altos que aunque atásemos las sábanas y las toallas todavía quedaría una caída de dos pisos o más.

Luego se mordió el labio inferior.

–Ojalá hubiese tenido tu formación. Ojalá fuese una heroína como mi tatarabuela, pero la idea de romperme las piernas me aterra –le dijo, mirándolo a los ojos–. Deberías intentarlo sin mí. Tienes que salvar a Alim.

–Aunque pudiese saltar, tendría que evitar a los guardias, y encontrar un lugar seguro o un teléfono, y sin agua ni comida, vestido así…

Además, no podía dejar que Amber se enfrentase sola a las consecuencias de su huida.

Ella se echó a reír.

–Ya te imagino, el serio jeque Harun el-Kanar, escapando de sus secuestradores en calzoncillos.

Él rio también, aunque no estuviese de humor.

–No voy a dejarte sola, Amber. Aunque te cueste creerlo…

Sus ojos, llenos de vida y de alegría, y su sonrisa de agradecimiento hicieron que dejase de hablar. Amber lo creía aunque él no hubiese hecho nada para ganarse su confianza.

–Vamos a mirar otra vez en el baño –sugirió ella–. Mi tatarabuela ordenó que le hiciesen una salida debajo del lavabo después de la guerra.

Harun la siguió y se puso de rodillas a su lado, pero se giró a buscar en dirección opuesta. Cualquier cosa con tal de apartar la vista de su hermoso cuerpo.

Si Amber lo miraba con el más mínimo deseo, era solo porque estaban obligados a estar juntos y porque necesitaba calor humano. Nunca había demostrado sentirse atraída por él ni había intentado conocerlo mejor hasta entonces. Había sido fría y altiva hasta el día que le había dicho que Alim estaba de vuelta.

Así era su vida. ¿Cuántas veces había tenido que convencerse a sí mismo de que el deber con su familia era su único destino? ¿Cuántas veces le habían dicho sus padres que no servía para otra cosa? ¿Cuántas veces, en los veintidós años desde que habían muerto, le había dicho Fadi que el deber era lo primero y lo último para él, que había nacido para apoyarlo? Y, no obstante, allí estaba. Con treinta años todavía no había aprendido la lección.

¿Serían los efectos secundarios de las drogas los que habían debilitado su determinación? ¿O se debía todo a que llevaba demasiados años controlándose? Casi no podía resistirse al deseo de los ojos de Amber, a la curva de su sonrisa, a la música de su risa y a todo lo que casi no ocultaba la bata que llevaba puesta. Hasta sus pies descalzos eran una tentación.

Aquel era el motivo por el que la había evitado durante tanto tiempo, pero en esos momentos no podía hacerlo. No podía dejarla sola… así que allí estaban, los dos solos y una única cama… y cada vez le costaba más resistirse a ella. ¿Cuánto tiempo tardaría en caer en la tentación?

Pero eso era exactamente lo que querían los secuestradores, así que tenía que aguantar.

Capítulo 8

Cuando llegó la noche habían examinado las dos habitaciones palmo a palmo y no habían encontrado ninguna salida. Con todas sus esperanzas frustradas, Amber se sentó en el suelo.

–No vamos a salir de aquí, ¿verdad?

–No hasta que no nos dejen salir –respondió él en tono extraño.

–¿Qué pasa? –le preguntó ella.

Harun no respondió.

–No soy una niña, Harun, ni soy tonta. Te guste o no, estamos en esto juntos, así que será mejor que compartas conmigo lo que estés pensando.

Él guardó silencio durante casi un minuto y luego dijo:

–Pienso que tu padre puede ser el secuestrador.

–¿Qué? –preguntó Amber sorprendida–. ¿Por qué iba a hacer algo así? ¿Cómo lo beneficiaría a él, o a Araba Numara? ¿Cómo puedes pensar eso? ¿Cómo te atreves a acusar a mi padre de algo así?

Harun estaba de cuclillas a su lado, con gesto frío y distante.

–Si no sospechas de él y crees en su inocencia, ¿por qué has hecho las dos preguntas más lógicas al final? Primero has preguntado lo más importante, el por qué y qué ganaría secuestrando a su propia hija. Creo que, en el fondo, piensas que es posible. Si respondes a esa pregunta, todo tiene sentido. ¿Por qué no nos han pedido nada ni nos han amenazado? ¿Por qué nos han dejado en esta habitación así vestidos? ¿Y por qué estamos solos casi todo el tiempo? Creo que tu padre quiere que le demos un heredero –le explicó Harun–. No tiene hijos y tú eres su hija mayor. No ha nombrado heredero a su hermano, ni a ninguno de sus sobrinos o primos. Nuestro hijo sería el jeque hereditario de Araba Numara y supongo que eso es importante para tu padre.

Amber se dio cuenta de que Harun tenía razón. Era cierto que a su padre le gustaba manipular a la gente. Y también que quería un nieto al que pasarle el trono de Araba Numara.

–Si tienes razón, y no estoy diciendo que la tengas, jamás lo perdonaré por esto.

Luego se puso en pie y gritó:

–¿No se conforma con haberme tenido tres años siendo su títere, sola en un país extranjero, pasándome de hombre en hombre, sin que ninguno me quisiera? ¿Por qué no me deja en paz?

La única respuesta a su pregunta fue el eco del baño. Volvió a sentarse en el suelo.

–Lo odio. ¿Por qué no me deja tener mi vida?

Harun la miró con tristeza.

–No lo sé, Amber. No soy un experto en vida familiar. Casi no me acuerdo de mis padres –le dijo, acercándose a ella.

Amber colocó la cabeza en su hombro como si fuese algo natural, como si llevase años haciéndolo.

–Creo que es mejor no pensarlo –continuó, abrazándola por los hombros y acercándola a él–. Además, tal vez esté equivocado.

–Ambos sabemos que no lo estás. Lo que has dicho tiene demasiado sentido.

–También está la otra opción que te he contado antes –le dijo él en voz muy baja.

Amber asintió.

–Si no nos van a dejar salir hasta que estés embarazada, tendremos que hacerlo.

Ella se estremeció.

–¿Y si nos equivocamos y ponemos en peligro la vida de Alim? –balbució.

–Eso no lo podemos saber. Y yo no puedo seguir viviendo pensando solo en el honor, Amber. Ha sido Alim el que ha abandonado a su familia y a su país en innumerables ocasiones. Y solo ha vuelto por una mujer con la que ni siquiera puede casarse. Yo llevo diez años haciéndolo todo por él y, por una vez, he hecho algo que quería hacer.

–¿Me deseas? –le preguntó ella en un susurro.

–Sí –respondió él en el mismo tono de voz.

Luego sonrió, su mirada se suavizó. Y le dio un beso en los labios.

Con el primer roce, fue como si hubiese tirado de un hilo en su interior y hubiese liberado el calor, la dicha, la necesidad y, sí, también un poder que Amber no había sabido que existía: el poder de ser una mujer con su hombre. Gimió suavemente y se acercó más a él mientras sus labios se movían por voluntad propia, pidiendo más. Lo abrazó, enterró los dedos en su pelo, le acarició la espalda, exploró sus hombros y sus brazos, y fue profundizando el beso. Lentamente, se tumbaron en el suelo. Amber casi no se dio cuenta de que estaba frío y duro. Harun por fin la estaba tocando y estaba excitado, no podía pedir más.

–Para empezar, está siendo increíble –comentó él con voz temblorosa–, pero hace poco tiempo que nos han drogado y hoy hemos tenido un día complicado. Tal vez deberíamos descansar. Si mañana seguimos sintiendo lo mismo…

Amber suspiró.

–Sí, creo que necesito dormir, pero antes debería darme un baño.

–No, duerme primero. Ven, te llevaré a la cama.

Volvió a tomarla en brazos como si no pesase nada y la llevó a la habitación principal. Podía haberla dejado en la cama y haberle hecho

el amor toda la noche y a ella le habría encantado.

–Descansa –le dijo, tumbándola–. Te juro que no te dejaré sola.

Y ella pensó que por fin el *habib numara* se había convertido en su propio tigre, al menos, por el momento.

No obstante, también se dijo que casi no se conocían y que Harun no había querido tocarla hasta ese día.

Tenía que sentirse agradecida con sus secuestradores. Gracias a ellos, Harun por fin la veía como a una persona. Y ella se sentía más feliz que en mucho tiempo.

Demasiado cansada para intentar aclararse, dejó que se le cerrasen los ojos, pero mientras se quedaba dormida fue consciente de la presencia de Harun, que había acercado un sillón a la cama y se había sentado en él. Deseó tomar su mano y llevársela al rostro, darle las gracias por todo lo que había hecho por ella ese día, pero no podía pedirle más de lo que ya le había dado. Volvió a suspirar y se durmió.

Conmocionado y demasiado excitado para dormir, Harun se pasó toda la noche sentado al lado de la cama. No se atrevió a meterse en la cama, pero se mantuvo alerta, dispuesto a protegerla si era necesario.

«Es una hija testaruda y rebelde a la que no le importan las leyes ni las tradiciones. No voy a pagar ni un dinar por ella. Que pague el jeque el-Kanar, si es que le preocupa, aunque lo dudo, ya que ni siquiera se quiso casar con ella».

Temblando en el frío de la noche y con la voz de su padre retumbándole en la cabeza, Amber se sentó en la cama. Menos mal que había sido una pesadilla…

Pero aquella no era su cama y alguien respiraba cerca de ella. Sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y vio a su marido dormido en un sillón al lado de la cama.

Parecía una estatua de bronce, un hombre perfecto, y Amber no tardó en darse cuenta de la realidad, en comprender los motivos por los que estaban allí. Y en recordar lo que habían hecho para convencer a sus captores de que estaban cooperando…

Sintió un escalofrío.

Volvió a mirar a su marido y vio en él una nueva belleza. Su rostro era amable en reposo, parecía mucho más joven.

Alargó la mano y lo tocó. Tenía la piel fría y la carne de gallina, como ella. Debía de haberse tapado con una sábana que se había caído al suelo, y le había dejado a ella la manta, pero se había destapado también.

Pensó que era ridículo que durmiese en un sillón, al fin y al cabo, estaban casados.

–Harun –le susurró, pero él no se movió. Lo agarró del hombro–.

Harun, ven… bajo la manta. Estás helado.

Y él respondió con un murmullo incomprensible.

Impaciente, Amber lo agarró de los hombros y lo acercó a ella.

–Ven, Harun. Si duermes así mañana, estarás enfermo. Y no puedo permitirlo.

Él se dejó caer sobre la cama y aterrizó casi encima de ella, atrapándola con un brazo y una pierna.

–Umm, mi querida Amber –balbució, apretando su cuerpo excitado contra ella–. Sabes tan bien… lo sabía. Sabes a miel de sándalo.

Y antes de que ella pudiese apartarse, empezó a acariciarla, a besarla en el hombro. Y Amber no supo si estaba despierto o si estaba haciéndole aquello en sueños.

No podía pensar con la suficiente claridad como para que le importase. Y cuando le acarició un pecho, gimió:

–Oh, Harun…

Él abrió los ojos y la miró confundido.

–Lo siento. Estaba soñando. No quería aprovecharme de ti –le dijo–. ¿Cómo he llegado a la cama?

–Me he despertado y… estabas temblando de frío, así que te he metido yo. Tápate con la manta y vuelve a dormirte.

–Amber…

–No –replicó ella, dándose la media vuelta para que Harun no se diese cuenta de lo humillada que se sentía–. Buenas noches.

A la tarde siguiente

Harun estaba a punto de tomarla en brazos y llevarla a la cama para hacerle el amor hasta que ambos estuviesen muertos de cansancio.

Desde la noche anterior, no había podido pensar en otra cosa, pero no podía poner en peligro la vida de su hermano.

Tenía que escoger entre su felicidad personal o la vida de Alim. Ojalá hubiese podido saber si Alim estaba bien, porque sabiendo que Amber lo deseaba sería capaz de dar a sus secuestradores lo que le pidieran con tal de poder estar con ella a solas.

Pero, sin querer, la había humillado y le había hecho daño.

Después de horas de silencio y sin tocarse, le dijo en tono amable:

–Siento lo de anoche.

–Ya te has disculpado. De todos modos, no tienes por qué hacerlo. Estabas soñando, ¿no? –respondió ella en tono frío.

Harun la miró a los ojos.

–Oí toser a alguien fuera. No quiero que la primera vez que hagamos el amor sea por accidente, ni con público.

Ella lo miró sorprendida.

–Veo que ya lo das por hecho –comentó enfadada.

–¿Que vamos a hacer el amor? ¿O que vas a perdonarme por haberte desatendido durante todos estos años y vas a dejar que me meta en tu cama?

–Ambas cosas –respondió ella en voz baja–. Sobre todo, teniendo en cuenta que la desatención ha tenido proporciones épicas y que me has humillado públicamente.

Al oír aquello, Harun esbozó una sonrisa forzada.

–No pretendía martirizarte, Amber. Y estoy seguro de que tú tampoco querías un marido obediente y reacio. Yo pensaba que no me deseabas y tú pensabas que yo no te deseaba a ti. Durante todo este tiempo los dos hemos querido lo mismo, si hubiésemos intentado hablar…

Ella levantó la barbilla.

–¿De verdad acabas de decir que si hubiésemos intentado hablar?

–Tienes razón, fui yo el que no lo intentó, pero pregúntate si tú lo habrías hecho si hubieses pensado que estaba enamorado de tu hermana.

–Tal vez…

En ese momento se abrió la puerta y Harun maldijo las interferencias. Amber dio un grito ahogado, se levantó de donde estaba sentada y se apretó a él.

–Me está apuntando con un rifle –balbució temblando–. Y… me está mirando, y solo voy vestida con esta cosa.

Harun colocó a Amber detrás de él y se giró hacia el guardia.

–¿Qué pasa? ¿Por qué estás asustando a mi mujer? –preguntó cuatro veces en cuatro dialectos diferentes.

El hombre se limitó a señalar la mesa con el rifle.

Después entraron otros tres hombres en la habitación. Llevaban más comida de la que les habían servido el día anterior. Pusieron la mesa con cuidado, como si los considerasen sus invitados, y luego separaron las sillas para que se sentasen.

Harun se quedó donde estaba, protegiendo a Amber con su cuerpo.

–Apartaos de las sillas. No os acerquéis a mi esposa. No la miréis o averiguaré quiénes sois y os mataré con mis propias manos.

Después de un momento, el guardia que parecía el jefe lo miró con respeto e inclinó la cabeza, e hizo un gesto a los demás para que retrocediesen. Cuando hubieron salido, él retrocedió también con la vista clavada hacia otro lado.

Harun condujo a Amber a la mesa y la sentó.

–Fuera –rugió.

El hombre volvió a inclinarse y se marchó.

–Gracias –susurró Amber, sin soltarle la mano.

–No hay de qué –respondió él, sintiendo algo que no le gustaba.

–No voy a soportar esto mucho más –murmuró Amber–. ¿Por qué me ha apuntado con el rifle? ¿Qué he hecho?

Harun no le dijo que había hecho precisamente lo que el guardia quería que hiciese, refugiarse en sus brazos, pero no se lo dijo.

En vez de sentarse, le soltó la mano y la abrazó por la espalda.

–Sé que no es de mucha ayuda en esta situación, Amber, pero te prometo que te protegeré con mi propia vida si es necesario.

Ella se giró a mirarlo.

–Sabes que no es cierto. Anoche te dije lo mucho que me alegraba de que estuvieses aquí… y debiste de darte cuenta…

–Sí, me di cuenta de que me deseas, de que te gusta que te acaricie –le dijo él en tono dulce–. Y tú también has visto cuánto te deseo yo. Y si no hubiese sido por los guardias, anoche habríamos hecho el amor.

Ella no dijo nada, pero había duda en sus ojos.

–Dijiste mi nombre. No sabía si eras consciente.

–Por supuesto que sí, Amber. Estaba soñando contigo. Hace mucho tiempo que sueño contigo.

Volvió a tomar su mano y se la llevó a los labios para darle un beso en la palma.

–Miel de sándalo –murmuró contra su piel–. El sabor más exquisito que he probado.

Ella no le respondió, pero le acarició el rostro con las puntas de los dedos antes de apartar la mano. Todavía tenía miedo a que Harun volviese a humillarla.

Y él se dio cuenta de que había llegado el momento de arriesgarse a ser el rechazado.

–Quiero que sepas que no he estado con ninguna mujer desde que nos casamos. He mantenido los votos que hice, aunque en ocasiones me haya supuesto un gran esfuerzo.

Ella lo miró dubitativa, pero no dijo nada.

Harun sonrió.

–Es verdad, Amber. No quería a ninguna otra mujer. Solo te quería a ti.

Ella frunció el ceño.

–Entonces, ¿por qué…?

Harun se puso delante de ella y le tomó las dos manos para que se pusiese de pie.

–Anoche me negué a continuar porque sabía que nos estaban observando. Y porque no quería que nuestra primera vez fuese aquí.

–Yo tampoco. Gracias por pensar en ello –admitió Amber–. Lo que no entiendo es por qué no te has acercado a mí antes… Bueno, supongo que por lo que oíste que le decía a mi padre.

–Yo no soy Alim. Nunca seré Alim –le dijo él.

–Sé quién eres –le respondió ella, inclinando la cabeza–. ¿Por qué

piensas que no te puedes comparar con Alim? Yo a Alim casi no lo conozco y no quiso casarse conmigo. ¿Por qué no intentaste acercarte a mí?

Harun se puso tenso y sintió ganas de encogerse de hombros y darse la vuelta. Habría sido lo más fácil.

El problema era que no tenía adónde ir, no podía escapar de allí.

–Me has prometido que me ibas a hablar –le dijo ella.

Y Harun pensó que nunca había roto una promesa en toda su vida, pero le estaba costando trabajo expresar sus sentimientos. ¿Qué quería Amber que le dijese?

–Dime la verdad –insistió ella, sonriéndole, como si le hubiese leído el pensamiento.

–No me puedo comparar con él, nunca lo he hecho. ¿Para qué iba a acercarme a ti si tú deseabas a otro hombre? –dijo por fin–. Yo solo era su sustituto, con Fadi y contigo. Siempre lo he sabido.

Capítulo 9

Amber habría esperado escuchar cualquier cosa, menos eso. Había esperado que Harun se quejase de su familia, o de que siempre había vivido a la sombra de su famoso hermano, pero no que dijese que no podía compararse con él.

Y tuvo un mal presentimiento, se dio cuenta de las dificultades a las que tendría que enfrentarse si decidía pasar el resto de su vida con aquel hombre.

¿Cómo habría terminado ella si Alim hubiese sido su hermano, si hubiese tenido que vivir a la sombra de un hermano famoso y hubiese tenido que aceptar todas las responsabilidades que él no quería?

–Ahí también estás dando por hecho demasiadas cosas, teniendo en cuenta que solo conocí a Alim durante cinco días y te he conocido a ti durante tres años.

Él la miró con resentimiento, pero Amber se dijo que no podía retroceder. Harun no tenía adónde ir y el honor lo era todo para él. Si insistía, terminaría respondiéndole.

–Sé lo que soy para ti, Amber. Y también sé lo que es Alim.

Ella frunció el ceño.

–Me estás condenando por una frase que dije en un momento de dolor y cuando ni siquiera te conocía.

–Yo no soy Alim –repitió él, enfadado.

Amber también estaba enfadada, pero algo le dijo que Harun estaba intentado sacarla de quicio para poder así zanjar aquel tema. Así que se controló.

–Me suena a frase que te ha dicho alguien y que tú repites. Y no me digas que te la dijo Fadi, porque te adoraba.

Después de un silencio, le preguntó:

–¿Cuántos años tenías la primera vez que tus padres te dijeron que Alim era mejor que tú?

Él se encogió de hombros, como siempre, pero a Amber ya no le molestó.

–No recuerdo ninguna ocasión en la que no me lo dijeran.

No estaba enfadado ni se estaba compadeciendo de sí mismo. Lo creía, y eso era todo.

Amber se preguntó cómo habían podido hacerle eso sus padres. Era normal que no creyese en ella, ni siquiera creía en sí mismo. Y se dio cuenta de que lo quería.

Había empezado a calarle hondo cuando se había marchado a la guerra con sus hombres y había vuelto hecho un héroe que odiaba la adulación. Y le había sorprendido cuando le había devuelto todo a Alim sin querer nada. Había pensado que era un hombre humilde,

pero ya sabía la verdad: Harun pensaba que no se merecía que su país lo adorase, de que eso era solo para Alim. Había estado tanto tiempo entre las sombras que la luz lo aterraba.

Y se dio cuenta de que, si lo presionaba para que se lo contase todo, jamás se lo perdonaría.

–Antes de nuestra boda mi padre me dijo que el león despertaba evidente admiración, pero que había que profundizar más para ver la fuerza del tigre. Hace mucho tiempo que sé que es cierto –le dijo en voz baja, tocándole el rostro.

Era un rostro suave y caliente, no la superficie de granito que le había repelido y fascinado en el pasado. Era un hombre, un héroe dolido, honrado, blando y querido, y ella lo amaba.

Harun la miró con dureza, pero aturdido al mismo tiempo. Sacudió la cabeza para apartar su mano de él, pero Amber volvió a tocarlo.

–*Habiba numara* –susurró–. Te he deseado durante tanto tiempo.

Y él siguió mirándola como si fuese un fantasma.

Amber supo que necesitaba tiempo para creerla, así que le sonrió y le mostró su deseo sin vergüenza.

–*Joharati* –le dijo él con voz ronca–. Mi joya.

«No dudes, o pensará lo peor», se dijo a sí misma, abrazándolo por el cuello.

–He estado sola tanto tiempo, esperándote –le dijo en voz baja, para que solo él la oyera–. Bésame y vuelve a decirme que soy tu joya.

Pero él volvió a mirarla con desconcierto.

–¿Has estado esperándome?

–Mucho tiempo –le dijo Amber al oído, dejando que sus labios lo acariciasen–. Me fascinas porque eres capaz de conseguir que te odie y que desee y que te ame…

Él se quedó completamente inmóvil, pero no le preguntó si lo que decía era verdad. ¿Cómo iba a creerla, si ni sus propios padres lo habían querido, al menos, en comparación con lo que habían querido a Alim?

Después de que ambos hubiesen ocultado su verdadero ser para protegerse, uno de los dos tenía que dar el primer paso… y al menos ella sabía que su familia la quería. Por una vez, era la más fuerte, tenía que ser la que abriese el camino.

–Te quiero, Harun. Desde hace mucho tiempo –le dijo, tomándole el rostro con ambas manos y sonriéndole–. Todo empezó cuando te vi marchar a la guerra y me pregunté si volvería a verte. Oí hablar de tu valentía, liderazgo y sacrificio, y me sentí orgullosa de ser tu mujer. Y cuando volviste y te negaste a hablar de ello, pero seguiste trabajando para ayudar a tu pueblo, empecé a pensar que había encontrado a mi compañero de vida.

Él frunció el ceño.

–Antes de que nos casásemos.

La pregunta estaba implícita. No la creía.

Amber intentó no enfadarse y le respondió:

–No te había mirado nunca hasta que nos prometimos, pero te vi por primera vez y no pude dejar de mirarte. Después de lo que ocurrió en nuestra noche de bodas, pensé que no me deseabas. Pensé que me odiabas. Solo tenía diecinueve años, lo único que sabía era que debía dejarme llevar por ti… No sabía qué hacer.

La expresión de Harun se suavizó al oír aquello.

–Así que has estado todos estos años dejándote llevar por mí.

–Fingiendo que te despreciaba cuando solo quería formar parte de tu vida, estar en tu cama. Aquella noche me dormí llorando. Si hubiese sabido por qué me evitabas…

Él se acercó un centímetro, expectante.

–¿Qué habrías hecho? –le preguntó.

–Esto –respondió ella, besándolo.

Fue un intento torpe y Amber gimió al darse cuenta, pero él sonrió, apoyó las manos en sus caderas, la acercó a su cuerpo y tomó las riendas, profundizando el beso y haciendo que se olvidase de todo lo demás.

Tal y como le había aconsejado su madre para la noche de bodas, dejó que Harun le enseñase y se sintió feliz. Gimió, lo besó y se apretó contra él, cada vez más ardiente. Le encantaba que la acariciase, sentir su cuerpo contra el de ella…

¿Estaban en la cama? No recordaba haber ido hasta ella ni cómo había aterrizado en el colchón. Harun estaba acariciándole el pecho otra vez.

Y, de repente, él volvió a apartarse.

–¿Harun? –le preguntó, al verlo de pie al lado de la cama–. ¿He hecho algo mal…?

–No… lo has hecho muy bien –respondió él, echando las cortinas que rodeaban la cama antes de girarse a sonreírle–. Lo único que podrías hacer mal es decirme que quieres parar.

Amber sonrió también.

–¿Después de haber esperado tres años? –le respondió–. Quiero hacerlo ya, Harun. Por favor.

Y tendió los brazos hacia él.

Capítulo 10

A la mañana siguiente

Así que por aquello había esperado tanto tiempo…

El sol acariciaba el rostro de Harun por la abertura de la cortina que este había cerrado alrededor de la cama la noche anterior. Su respiración era suave y regular. Amber se estiró despacio y sintió algo de dolor dentro, pero pensó que merecía la pena, después de lo que habían compartido.

Habían hecho el amor despacio y Harun le había demostrado una ternura y una paciencia infinitas. La había ido llevando al clímax poco a poco, hasta que no había podido aguantar tanto placer y había explotado por dentro. Al mismo tiempo que él le susurraba:

–No puedo esperar más… Amber, Amber…

Y se había puesto a temblar también. Después la había abrazado, le había acariciado el pelo y le había susurrado al oído:

–*Habiba ʻarusa*.

Mi querida novia.

Ella había sonreído y se había negado a ceder a la tentación de preguntarle si se lo decía de verdad. Sabía que los hombres podían ser tiernos e incluso poéticos en aquellas circunstancias, y olvidarse de todo en solo unos minutos.

Durante la noche habían hecho el amor dos veces más, una a instancia suya. Si estaba despierta, no podía evitar tocarlo o besarlo.

En esos momentos lo miró y notó que volvía a excitarse. Se acercó a él, lo besó en el pecho y le encantó el sabor de su piel. Incapaz de parar, recorrió todo su cuerpo con los labios.

Él abrió los ojos y le sonrió. Y a ella le dio un vuelco el corazón al verlo relajado y feliz.

–Ven aquí –le dijo Harun, colocándola encima de su cuerpo.

Ella rio.

–Siento haberte despertado.

–No, no lo sientes –respondió él, sonriendo todavía más.

Ella se mordió el labio. ¿Cómo podía sentirse tan feliz?

–No, supongo que no.

–¿Es esto lo que va a ocurrir a partir de ahora? ¿Me vas a agotar con tus constantes demandas?

–Ya sabías que era muy exigente cuando te casaste conmigo –replicó ella en tono burlón.

En esa ocasión Harun le enseñó a complacerlo de otras maneras y ella le enseñó lo que le gustaba. Y fue maravilloso. Crearon una conexión, una comunicación sin palabras. La felicidad era tan

completa que a Amber no se le podía ocurrir nada igual.

Había oído hablar del infinito placer que se sentía al hacer el amor, pero jamás había soñado con que aquello pudiese cambiarle la vida. No se trataba solo de placer corporal, era como entregar una parte de sí misma, su confianza, su ser a Harun, y que él se la entregase también.

Se preguntó si Harun sentiría lo mismo, o si era igual con…

No, no podía pensar en sus anteriores amantes. No soportaba imaginárselo con otra mujer. Era suyo. Y se aseguraría de que siguiese siéndolo cuando saliesen de allí.

–¿Te duele algo? –le preguntó Harun un rato después, abrazándola.

–Un poco –admitió ella.

–Quédate aquí un momento.

Harun salió de la cama y fue al baño desnudo. Y Amber no pudo evitar mirarlo. Todavía no podía creer que fuese suyo gracias a un secuestro. Y que en dos días se hubiesen convertido en amantes.

¿Había estado la pasión siempre ahí? ¿Qué habría ocurrido si Harun no hubiese oído la conversación que había tenido con su padre? ¿Y si ella no hubiese reaccionado de manera exagerada a su frialdad en la noche de bodas? ¿Podrían haber compartido aquella felicidad desde el principio?

Oyó correr el agua y empezó a oler a algo agradable. Sonrió cuando Harun volvió a la habitación y volvió a excitarse.

–Ven –le dijo él, tomándola en brazos.

Y Amber se preguntó cómo podía haber estado tan ciega hasta entonces, cómo no se había dado cuenta de lo grande y fuerte que era.

La dejó en la bañera, donde el agua estaba más caliente de lo que a ella le gustaba, y dio un grito ahogado y se encogió.

–El calor te calmará el dolor –le dijo él con ternura–. Y los aceites esenciales también, he oído. Espera unos minutos.

Amber decidió confiar en él, se puso cómoda y pronto se dio cuenta de que Harun tenía razón.

–Gracias –le dijo.

Luego lo vio volver de la habitación con la sábana en las manos.

–¿Qué vas a…? –empezó a preguntarle, y vio que la lavaba en el lavabo.

–Ah… gracias.

Se ruborizó al ver que Harun hacía algo tan íntimo por ella.

Él se giró a mirarla y sonrió.

–Lo que ha ocurrido es solo cosa nuestra. Hace mucho calor, así que estará seca para la noche. Además, necesitas tiempo para recuperarte.

Amber se preguntó qué pensarían sus secuestradores si veían la sábana manchada de sangre, o colgando de la ventana para secarse.

No obstante, le emocionó que Harun fuese tan atento y sintió que se derretía por dentro.

–¿Estás seguro de eso? –murmuró con voz ronca.

Él rio.

–Me vas a matar, mujer. Necesito recuperarme.

–Ah, no sabía que los hombres tuvieseis que recuperaros –le dijo ella–. Pensé que tal vez querrías compartir el baño… hay sitio de sobra, y el agua está tan caliente…

Harun dejó caer la sábana y se metió con ella en la enorme bañera al instante. Riendo, la sentó en su regazo.

–Me da igual no recuperarme. Vas a matarme, esposa mía, pero en estos momentos no se me ocurre una manera mejor de morir.

Y Amber pensó que a ella tampoco.

Al día siguiente

Acababan de terminar de desayunar cuando Harun empezó a darle vueltas a la conversación que habían mantenido la primera noche. Los guardias ya no los molestaban, llamaban a la puerta y dejaban la comida. Esperaban en silencio en el extremo del pasillo, sin moverse ni hablar. Y ya no había francotiradores en las ventanas.

–¿Cuánto tiempo más crees que nos tendrán aquí? –le preguntó Amber.

Él no quiso romper la magia del momento diciéndole que cuando supiesen que estaba embarazada.

–¿Ya estás cansada de mi compañía? –bromeó en su lugar.

Como era de predecir, ella se ruborizó y sonrió.

–No, todavía no.

Luego fue a sentarse a su regazo y lo abrazó por el cuello. Le dio un beso y susurró:

–Todavía no, pero esta debe de ser la luna de miel más rara del mundo.

Él sonrió.

–No le digas eso a ningún historiador, esposa mía.

–Me encanta la historia –respondió ella, mordisqueándole los labios.

–En la Edad Media, las lunas de miel era muy distintas a las de ahora –dijo él entre beso y beso–. Cuando un hombre quería a una mujer, o necesitaba su dinero o influencia, pero no podía tenerla con los métodos tradicionales, la drogaba, la secuestraba y la seducía. La tenía medio borracha durante un mes, hasta la siguiente luna llena, para que su padre supiese que la había desflorado. Luego se la devolvía a su familia, embarazada, y se presentaba a su padre con el hecho consumado. Si el padre no lo mataba y accedía al matrimonio,

el hombre le pedía la dote, o el título hereditario y las tierras, o lo que quisiera.

–¿Y en qué difiere eso de esta situación? –le preguntó ella sonriendo–. De acuerdo, nos falta el vino para emborracharme, pero tenemos la boda, la droga, el secuestro y el desflore.

–Cierto –admitió él, profundizando el beso–, pero te aseguro que yo no he organizado esto, ni te he drogado, y no voy a pedirle nada a tu padre. Me conformo con lo que tengo en esos momentos.

«Aunque me gustaría saber si mi hermano está vivo o muerto», pensó.

–Entonces, ¿soy suficiente para ti? –le preguntó ella.

«Más que suficiente, eres todo lo que he soñado», pensó Harun, pero no se lo dijo. Eran amantes, pero no sabía cómo iba a evolucionar su relación. Ella lo deseaba, hasta le había dicho que lo quería, pero él todavía no estaba preparado para pensar que quería algo más que lo que tenían en esos momentos. Proximidad, pasión, miedo, curiosidad, terminar con tres años de vergüenza, o tener el hijo que le había pedido un año antes. Harun desconocía el motivo por el que se había entregado a él. Desde que habían hecho el amor, no habían vuelto a hablar del futuro.

Lo único que sabía Harun era que tenían que salir de allí lo antes posible. ¿Serían capaces de mantener aquella amistad, aquella pasión, al volver al mundo real?

–Se me tenía que haber ocurrido a mí hace años –comentó sonriendo, besándola para distraerse de sus oscuros pensamientos–. Podíamos llevar años haciendo esto.

–¿Quién dice que te habría funcionado entonces? –preguntó ella en tono burlón–. Cuéntame más chismes históricos. Me encanta que me enseñes historia.

Y él empezó a contarle cómo habían sido los rituales de matrimonio en su país a lo largo de los siglos mientras seguía besándola.

–Umm, fascinante, cuéntame más –le dijo ella, acariciándolo con las manos y con los labios.

Pronto volvieron a estar en la cama, hablando de historia entre susurros.

–Quiero darte placer, *numarati* –murmuró Amber, acariciándolo con ansias–. Enséñame a hacerlo.

–Ya me das placer –respondió él.

–Entonces, no vuelvas con ella –le exigió Amber.

Quería tenerlo para ella sola.

–No tienes nada que temer, Amber –le contestó Harun–. Sabes que Buhjah significa «alegría». Era el apodo con el que Fadi llamaba a Rafa, la mujer a la que amaba. Naima es su hija, mi sobrina. Yo nunca

he tocado a Buhjah; la veo como mi cuñada. De hecho, hace un par de meses le organicé un matrimonio muy ventajoso y, aunque en parte sigue queriendo a Fadi, está muy contenta.

Amber se quedó boquiabierta.

–¿Qué quieres decir? ¿Que no hay ninguna otra mujer?

A Harun le molestó darse cuenta de que su coraza interior se estaba rompiendo cada vez más, pero Amber había sido sincera con él y merecía saber la verdad.

–Nunca la ha habido. Nunca he roto una promesa en toda mi vida y no iba a empezar con los votos de nuestro matrimonio.

Vio cómo lo miraba Amber y supo que le iba a decir algo en lo que todavía no podía creer, así que sonrió y añadió:

–Mientras estés en mi cama, estaré contento. Aunque hubiese aquí otras cincuenta mujeres, me agotas tanto que no podría ni mirarlas.

Lo agotaba, lo saciaba y le hacía sentirse feliz. ¿Cómo podía estar preocupada? Era la amante más entregada y exigente que había conocido.

–Ninguna otra –le dijo ella–. Mientras estés en mi cama, no quiero que mires a ninguna otra.

Y luego saltó sobre él y lo besó apasionadamente.

Pasaron toda la tarde en la cama. No tenían otra cosa que hacer, pero eso daba igual. El deseo que sentían el uno por el otro era casi cegador. Harun se preguntaba de vez en cuando quién estaría escuchándolos o viéndolos, pero se le olvidaba en cuanto ella volvía a tocarlo o a besarlo.

Esa noche, después de haber hecho el amor una vez más, Amber se enrolló en la sábana para ir al baño, tropezó con la cortina de la cama y se le bajó.

–Ayúdame, Harun, date prisa –le pidió.

Y a él le encantó que fuese tan exigente y desinhibida con él y tan pudorosa después. Salió de la cama, pero ella lo empujó para que volviese a tumbarse y se inclinó para decirle al oído:

–Harun, creo que sé cómo podemos escapar. Deja las cortinas donde estaban, pero déjame un extremo.

Él se puso a pensar de inmediato. Colocó la tela de gasa y luego volvió con ella a la cama.

–Haz ruidos como si estuviésemos haciendo el amor –le dijo Amber.

Sorprendido, pero dispuesto a complacerla, empezó a gemir y se movió para que la vieja cama chirriase, y oyó cómo se alejaban unos pasos. Era evidente que les habían dicho a los guardias que respetasen su intimidad.

Ella asintió y le hizo un gesto para que continuase. Luego dobló el borde de la cortina y lo estudió. Tiró de él. Sacó algo de la mesita de

noche y lo metió entre la tela.

–Si doblamos un poco las horquillas, podemos utilizarlas como imperdibles. Podemos utilizar una cortina cada uno, doblada, y unir los bordes con las horquillas.

–¿Vas a hacernos una toga a cada uno? –preguntó él en voz baja, intentando no reírse, pero intrigado.

Ella asintió.

–De niñas jugábamos a hacernos vestidos con las sábanas y las cortinas, hasta que las criadas se quejaron y mi padre nos dio directamente telas. Mis hermanas eran mis emperatrices o esclavas. Y yo siempre era Agripina o Claudia, por supuesto –dijo, dejando de sonreír–. Y el resto de las cortinas podemos unirlo a las sábanas.

A Harun le sorprendió aquel plan tan brillante como sencillo tanto como que Amber conociese el nombre de las emperatrices romanas. Era cierto que le gustaba la historia.

–¿En mitad de la noche, supongo?

Ella asintió.

–Primero irás tú, dado que tienes más posibilidades de llegar al suelo sano y salvo. Mientras tanto, yo haré los ruidos apropiados. Luego, te seguiré.

Él negó con la cabeza.

–No, irás tú primero.

–No. Pesas más que yo, y es posible que las cortinas no aguanten mucho. Yo no soy atlética y tal vez me entre el pánico si empiezan a romperse. Si tú ya estás abajo…

–Te agarraré –terminó él en un susurro.

–Podrás escapar –dijo ella al mismo tiempo–. Eres el importante, tienes que vivir. No soportaría que te hiriesen o te apresasen por mi culpa.

Luego volvió a gemir.

–Oh, mi amor, sí…

Ya le había dicho aquello mientras hacían el amor, pero en esos momentos le molestó a pesar de que Amber le hubiese dicho que estaba dispuesta a sacrificarse por él. Siempre había sido el que se había sacrificado. Hasta entonces. Hasta Amber.

¿Lo decía de verdad? Harun no podía evitar tener dudas.

–Amber –gimió, y luego le susurró–: Yo iré primero, pero solo porque así podré agarrarte… y porque tú eres más ruidosa que yo cuando… ah…

Ella sonrió y le dio un codazo, y él se echó a reír. «Objetivo conseguido», pensó. Amber estaba distraída y se estaba riendo. Aunque fuese una tontería, quería que estuviese contenta en el que podía ser el último día que estuviesen juntos. Su plan podía funcionar. Y él ya estaba pensando en lo que iba a hacer cuando Amber estuviera

sana y salva en alguna parte. Si también habían secuestrado a su hermano o, Alá no lo quisiese, si lo habían matado, sabía lo que tendría que hacer. Si Alim estaba sano y salvo, su plan casi no cambiaría.

No le quedaba otra alternativa que encontrar a sus secuestradores, aunque ya no sintiese ira, humillación ni arrepentimiento alguno. Aquel secuestro había sido un premio para él. Todavía no podía creer que había tenido a Amber delante durante tres años y había estado demasiado enfadado para darse cuenta de lo que sentía por él.

Pero tenía que seguir adelante. Y si ella seguía queriéndolo después de que hubiese encontrado a sus secuestradores…

–Vamos a hacerlo esta noche. Vamos a volver a casa.

–Sí –respondió ella–. Umm, me encanta.

Pero Harun se dio cuenta de que había duda en su voz.

–El plan es tuyo, Amber. ¿Por qué dudas?

–Vas a pensar que soy una tonta –murmuró ella–. Vas a reírte de mí.

Así que a Amber le importaba lo que pensase de ella. Emocionado, le tomó la mano.

–No, no me voy a reír de ti digas lo que digas. Te lo prometo. Cuéntamelo.

Amber no podía mirarlo, apartó las manos.

Él esperó con el ceño fruncido.

Después de unos segundos, la oyó balbucir:

–Ahí afuera… todo cambiará. No podremos controlar lo que ocurra. Tú tendrás tus obligaciones, tus responsabilidades o tu trabajo, o tal vez puedas por fin hacer lo que quieras con tu vida. Y yo no sé lo que tendré.

Levantó el rostro y a Harun le pareció tan bello y tan triste que deseó abrazarla con fuerza, besarla y decirle que todo iría bien, pero en esos momentos no podía garantizarle nada y ella lo sabía.

–Estropeé tus planes, ¿no? No pensé en el futuro ni en lo que tú querías –le dijo, obligándola a mirarlo–. ¿Tanto deseabas tu libertad?

Ella negó con la cabeza casi de manera violenta.

–No me arrepiento de nada. Me… has hecho muy feliz, aunque haya sido solo unos días –le dijo–. Ahora no sé qué hacer. No sé cuál es mi futuro. Para ti es diferente, porque puedes tener todo lo que quieras, pero ¿y yo, Harun? ¿Qué va a ser de mí a partir de ahora?

Harun sufrió porque ella porque sabía que había sido educada para ser la esposa de un jeque, ser su compañera política y criar a sus hijos, y había perdido la oportunidad de hacerlo con otro hombre. Le habían hecho creer que no servía para otra cosa, así que era normal que en esos momentos se sintiese perdida.

–No puedo responder a esas preguntas. Solo tú puedes hacerlo.

–No –insistió ella–. No puedo… No estoy preparada.
–¿No estás preparada para qué?
–Para marcharme, para volver… a la vida que tenía antes. No quiero volver a ese vacío. He sido tan feliz aquí.
Volvió a levantar la cabeza y Harun vio tanta tristeza en sus ojos que no pudo evitar que le doliese el corazón.
Qué ironía. Habían tenido que secuestrarlos para que se diese cuenta de lo poco que le importaba a Amber la vida de palacio. Se sintió fatal por haberla dejado sola durante tanto tiempo. Había bastado con prestarle algo de atención para que se convirtiese en la amante más generosa, apasionada e increíble que había tenido.
Él era feliz con lo que tenían, pero ella estaba perdida. Quería ayudarla, pero en esos momentos no sabía qué necesitaba más, que la reconfortara o que le diese su libertad.
Amber se inclinó hacia delante y le susurró:
–Podríamos morir esta noche.
–Sí –admitió él, preguntándose adónde quería ir a parar Amber.
–Todavía no estoy preparada para dejarte marchar, Harun. Necesito una vez más antes de que el mundo se interponga entre nosotros.
Él estuvo a punto de echarse a reír.
–¿Solo quieres eso?
Ella asintió suavemente.
–Es lo único que te pido por ahora… Que me des esta noche.
Dejó caer la sábana y apretó su cuerpo contra el de él.
Harun la abrazó con fuerza. ¿Cómo había podido pensar que se había casado con una mujer fría? Era una mujer ardiente y generosa, un regalo de Dios que le había dado una oportunidad a pesar de haberle hecho daño en muchas ocasiones, pero en aquella no iba a dejarla llorando y sola, teniendo que ocultarse detrás de lo único que tenía, su orgullo.
La tumbó con cuidado en la cama, cerró las contraventanas y las cortinas que rodeaban la cama y volvió a su lado.
–Solos tú y yo.
Ella separó los labios, tenía los ojos brillantes.
–Gracias –le dijo, como si le hubiese ofrecido un tesoro.
–De nada –respondió él con voz temblorosa al darse cuenta de que había encontrado a una mujer a la que no le importaba su familia ni su posición, que solo lo quería a él.
En realidad, lo único que le había pedido era que le diese la oportunidad de demostrarle la mujer que era por dentro, pero él había seguido apartándola de su lado. Su unión había llegado varios años tarde, fraguada en la desesperación. Y, no obstante, cuando pensaba en lo que Amber le había dado a cambio…

Dio las gracias a sus secuestradores y a su despiadado método para hacer que estuviesen juntos.

¿Cómo iba a dejarla marchar después de aquello? ¿Sería aquella su última noche juntos?

–Pídeme lo que quieras y será tuyo, te lo juro –le dijo.

A ella le brillaron los ojos.

–¿Crees que podríamos ir de luna de miel cuando volvamos a casa? ¿Los dos solos?

Y Harun se sintió como si algo se hubiese abierto en su interior, algo que llevaba demasiado tiempo cerrado.

–Por supuesto. Antes tendré que hacer algunas cosas, pero en cuanto termine…

Ella asintió y lo besó.

–Cómo no, puedo esperar.

«Me va a esperar», pensó Harun sonriendo.

–Ya sabemos que no hace falta que lleve vino para emborracharte.

–No, ni tampoco tendrás que drogarme –respondió Amber sonriendo–. Podrás devorarme día y noche, y yo te dejaré.

–Haré lo que pueda –dijo él riendo–. ¿Y tú me dejarás? Dudo que me dejes parar, joya mía. Me devorarás.

–Por supuesto que sí –le aseguró ella.

Harun no recordaba haberse sentido así en toda su vida.

–Tengo un yate en Kusadasi, en el mar Adriático. Podríamos hacer un crucero por las islas griegas, o ir hacia el Este si lo prefieres. Los dos solos, durante todo el tiempo que quieras.

–Oh, Harun…

Amber lo abrazó por el cuello y enterró el rostro en su cuello. Él la oyó murmurar algo, pero no entendió lo que decía. Sí notó sus lágrimas en la piel, y luego sus labios.

Sabiendo que tendría que ir delante de ella, le levantó el rostro y la besó.

Capítulo 11

–Quiero pasar el resto de mi vida contigo.

¿La habría oído decirlo? Amber no estaba segura. Solo sabía que, durante los últimos días, se había convertido en una mujer de verdad, y que el deseo frustrado que había sentido durante tanto tiempo, la admiración y el anhelo por su marido se habían convertido en amor sin que se diese cuenta. Harun la había ignorado, pero no le había hecho daño intencionadamente. La había dejado sola, pero había luchado porque hubiese paz en Abbas al-Din. Y había trabajado mucho para que su hermano se encontrase con un país en buen estado económico y político cuando volviese.

¿De verdad le había gustado Alim alguna vez? Tal vez, pero nada en comparación con Harun.

Durante los tres últimos años, Harun le había enseñado el verdadero significado de la palabra «héroe». Ser un héroe no significaba salir en televisión ni ganar trofeos ni tirar champán delante de las cámaras; no era encontrar riqueza, escribir canciones ni poesías ni regalar flores; era sacrificarse en silencio, hacer lo correcto aunque doliese, proteger y dar sin esperar nada a cambio.

Le encantaba cómo era y ya no necesitaba ni quería palabras bonitas ni halagos. Solo lo necesitaba a él, su tranquilo y querido tigre, su amante y su hombre. Y después de haberlo conseguido, no quería dejarlo marchar.

Pero sabía que no tenía elección. Iba a volver a perderlo, pero por el momento, aprovecharía el tiempo que les quedase juntos.

–¿Qué es lo que quieres con tu trabajo? –le preguntó mientras esperaban a que fuese más de noche.

Harun no le preguntó a qué se refería, sabía lo que quería: conectar con él, conocerlo.

–Me fascina la historia antigua, nuestros primeros ancestros. Los moabitas durante el periodo ismaelita, y Canaán, con los filisteos al oeste. Quiero saber quiénes eran, saber más cosas, además de que sacrificaban a niños y creían en múltiples dioses.

–¿Sacrificaban a niños? –repitió ella, horrorizada.

–Sí, sacrificaban a su primer hijo ante el dios Malcam porque creían que este bendecía sus cosechas. Los arqueólogos han encontrado cementerios de niños recién nacidos por todo Israel, en el Líbano, en Jordania y en Siria.

–Qué horror –dijo Amber sin poder evitarlo.

–Nuestros ancestros no eran gentes demasiado civilizadas –comentó Harun sonriendo–, pero lo que más me gustaría es encontrar vestigios del pueblo llamado amalecita. Los historiadores todavía no

tienen claro quiénes eran porque, al parecer, desaparecieron hace alrededor de tres mil años.

–¿Cómo es eso posible? –le preguntó ella sorprendida–. ¿Cómo puede desaparecer un pueblo entero sin dejar rastro alguno?

–Hay restos, pero ninguno que les pertenezcan. Al parecer, era un pueblo guerrero que no tenía ningún registro. Otros pueblos contemporáneos hablan de ellos como los guerreros más aterradores de la época… Lo siento, debo de estar aburriéndote –se interrumpió Harun al ver que Amber bostezaba por tercera vez.

–No, no, me interesa –balbució ella, acurrucándose más contra su pecho–. Estoy escuchando, te lo prometo, es solo que tengo sueño.

Harun le sonrió y le acarició el pelo mientras se dormía. La dejaría descansar una hora, solo era medianoche.

Eran casi las dos de la madrugada cuando la despertó.

Amber notó que la sacudían con suavidad e, instintivamente, se acercó a él y buscó su boca.

–Lo siento, te he dejado dormir lo máximo posible –susurró Harun después de un rápido y dulce beso–. Tenemos que empezar con el plan.

Ella intentó reorientarse.

–Por supuesto, ya tengo las horquillas. Tenemos que hacer el menor ruido posible.

–Si hacemos algún ruido, yo gemiré como si estuviésemos haciendo el amor y tú te reirás de esa manera que te ríes.

A Amber le ardieron las mejillas, pero sonrió.

–De acuerdo. Ahora, ayúdame a descolgar las cortinas. Lo haremos de una en una. Mientras yo hago la toga, mira por la ventana a ver cuántos guardias hay.

Bajaron la primera cortina y Amber la puso alrededor del cuerpo de Harún.

–Ojalá pudiese hacer tiras con ella, así tendríamos un cinturón.

Él gimió su nombre con suavidad y empezó a mover la cama.

–Ven aquí –dijo.

Y ambos hicieron ruidos mientras Amber terminaba su toga y hacía otra para ella.

Después ataron las cortinas sobrantes y las sábanas para hacer una cuerda.

Harun vio miedo en los ojos de Amber, le tomó las manos, sonrió y le dijo en un susurro:

–¿Sabes lo que voy a hacer? Tiraré de la cuerda tres veces cuando llegue al suelo. Sé fuerte, mi Khalidah, mi Agripina.

Ella tragó saliva al oír el nombre de su tatarabuela.

–Lo estoy intentando, pero en estos momentos no me siento capaz

de emularla.

Se estaba viendo abajo en el peor momento y Harun solo tenía unos segundos para tranquilizarla.

–Cuento contigo, *numarati*, mi valiente tigresa. Es tu plan. Puedes llevarlo a cabo. Vas a hacerlo.

Y le dio un beso.

–Creo que dejaré los rugidos para más tarde –bromeó ella.

Harun le guiñó un ojo.

–Estaré esperándote.

Luego se puso serio, le dio un último beso y se despidió de ella, dejándola con el ceño fruncido y con cara de miedo.

Se subió a la ventana y miró a ver si había guardias, pero no vio ninguno. Pensó en utilizar algún mueble como lastre, pero las sillas estaban ancladas al suelo y la mesa le pareció demasiado vieja y frágil, así que se decidió por la cama.

Miró a Amber y agarró la cama para ver cuánto pesaba, y mientras Amber gemía con pasión, él la movió para acercarla a la ventana. Pero al atar la cuerda a ella, faltarían unos dos metros y medio para llegar al suelo. Él sabía que podría conseguirlo, aunque también sabía que haría ruido al caer o, al menos, al agarrar a Amber, si es que llegaba hasta abajo cuando viese el salto que quedaba.

Ató la cuerda a la pata de la cama más cercana. Y luego, muy despacio y con el máximo cuidado, la dejó caer por la ventana. Era frustrante malgastar un tiempo que no tenían, pero no quería arriesgarse a golpear algo y hacer ruido.

Cuando terminó con la cuerda se asomó y vio que solo faltaba alrededor de un metro para el suelo y, suspirando aliviado, le mostró el pulgar a Amber.

Ella también sonrió aliviada. Harun le dijo adiós con la mano y se sentó en el alféizar de la ventana, agarró la cuerda con ambas manos y empezó a bajar.

Lo más duro fue no poder apoyarse en el edificio y utilizar solo las manos para bajar. Cuando llegó a la parte de la sábana, estaban empezando a sangrarle. Amber y él ya habían hablado de aquello mientras hacían el amor, así que Amber sabía que era de esperar.

Harun tuvo la esperanza de que tuviese la valentía suficiente para bajar, pero solo tenía veintidós años y si se dejaba llevar por el pánico…

Mientras se preocupaba por ella recorrió los últimos cincuenta metros automáticamente haciendo rappel. También sería duro correr toda la noche con los pies descalzos, sobre todo, para Amber. ¿Lo conseguirían?

«Deja de pensar», se ordenó a sí mismo. Miró a su alrededor y no vio a ningún guardia, así que tiró tres veces de la cuerda.

Amber se asomó y tardó un poco en salir por la ventana y empezar a bajar hacia él. Harun se sintió orgulloso de su valentía y, al mismo tiempo, tuvo miedo de que se cayese, y se preparó por si tenía que agarrarla.

«Venga, Amber, te estoy esperando», pensó.

Y unos segundos después la tuvo a su lado, sonriendo de oreja a oreja.

–Pensabas que me iba a caer, ¿verdad?

Y él le respondió con un beso apasionado.

–Vamos.

–¿Por dónde?

Él señaló.

–No puedo creer que no me haya dado cuenta antes de dónde estábamos. Este fue uno de los primeros lugares donde luchamos en la guerra de el-Shabbat. Está a algo más de veinte kilómetros de Sar Abbas.

Ella cambió de expresión al oír aquello.

–Veinte kilómetros, puedo hacerlo –susurró, frunciendo el ceño–. Corramos.

Harun se sintió incómodo, ¿por qué no intentaba nadie detenerlos? Agarró a Amber de la mano y echaron a correr hacia el suroeste, hacia una carretera que daba a la parte del edificio que no tenía ventanas. Las luces de Sar Abbas brillaban a lo lejos, dándoles la bienvenida.

Capítulo 12

En el palacio del jeque, Sar Abbas, unas horas después

Alim estaba en el lujoso despacho que había pertenecido a Harun y que en esos momentos era suyo cuando vio entrar a su hermano por la puerta y corrió hacia él.

–Alabado sea Alá, estás aquí, ¡estás vivo! *Akh, habibi akh!*

Mi hermano, mi querido hermano. Harun tuvo la sensación de que ya había vivido aquello, era lo mismo que le había dicho él a Alim unas semanas antes en África.

–Entonces, ¿te habían exigido algo?

–No –respondió Alim, serio y agotado después de que ambos se hubiese sentado alrededor de su escritorio–. El asunto no ha llegado a salir a la luz, pero encontramos a dos guardias drogados la noche que desapareciste, y otro estuvo a punto de morir cuando evitó que me secuestrasen a mí también. Enviamos a buscaros a todos nuestros guardias y llenamos el palacio de marines de élite. ¿Cómo habéis escapado? ¿Qué ha pasado?

–Ojalá lo supiera –respondió Harun, frunciendo el ceño–. Era como si quieran dejarnos escapar. Los guardias habían desaparecido y bajamos por una cuerda de sábanas y cortinas por la ventana. Corrimos hasta la autopista y allí paramos a un coche en el que iba un capitán de la armada, que nos ha traído hasta aquí. Solo hemos parado a cambiarnos de ropa, ya que no íbamos vestidos según las normas de palacio.

Al decir aquello miró a Amber, que lo estaba observando con una mezcla de orgullo y exasperación, y le sonrió.

–Tal vez su plan dependía de tenernos a los tres secuestrados –comentó Alim–. ¿Tienes alguna opinión al respecto, *akh?* Tú eres el táctico de la familia.

–Es mucho más que eso –intervino Amber por primera vez.

–Alim no ha querido decir lo contrario, Amber –le dijo Harun, tocándole la mano para acallar la protesta que su esposa todavía no había realizado.

–En realidad, pretendía que fuese un cumplido, Amber –comentó Alim con el ceño fruncido–. Harun ha salvado el país mientras yo estaba en un hospital en Suiza, y ha gobernado el país mientras yo me dedicaba a pilotar.

Luego miró a su hermano a los ojos antes de añadir:

–Solo llevo aquí unos días, pero todavía no sé cómo has podido hacerlo todo tan bien.

Harun sintió que Amber iba a hacer otro comentario inoportuno y

le apretó la mano.

–Pensamos que han podido ser los partidarios de el-Kanar, que querían un heredero.

–¿Un heredero de Amber y tuyo, quieres decir?

Harun asintió.

–Y que no apoyan mis métodos, digamos, poco tradicionales, ni a la mujer que he escogido para que sea mi esposa.

Como Harun no respondió, Alim se vio obligado a continuar.

–Entonces, doy por hecho que los rumores acerca del estado de vuestro matrimonio eran ciertos, ¿no?

Ninguno de los dos se movió ni respondió.

Alim los miró. Amber tenía el rostro sonrosado y había bajado la vista. Era evidente que ya no era la misma mujer fría de una semana antes… y Harun, ¿le acababa de guiñar un ojo? Y parecía más contento que nunca.

–Así que supongo que el plan consistía en matarme a mí y ponerte a ti como jeque permanente.

No era una pregunta, pero, aun así, Harun asintió y se encogió de hombros.

–Ese debía de ser su plan, pero no se dieron cuenta de que, para empezar, yo nunca he querido ser jeque. Y sigo sin quererlo.

–No quieres estar aquí –dijo Alim.

–Nunca lo ha querido –volvió a hablar Amber–. Díselo, Harun. Dile la verdad. Cuéntale todo lo que has sacrificado en los últimos trece años para que él pudiese hacer lo que le complaciese.

–*Akh?* –inquirió Alim.

–Amber, por favor –le dijo Harun en voz baja, girando solo la cabeza–. Te agradezco lo que estás intentando hacer, pero no es el mejor momento.

–Entonces, ¿cuándo…? Vas a volver a sacrificarte, vas a sacrificarnos a los dos para cumplir con tu deber. Y lo vas a hacer por él. ¿Acaso sigue siendo lo único que tienes?

–¿Harun? –insistió Alim.

Harun no podía responder a ninguno de los dos. Se sentía perdido al darse cuenta de que Amber lo conocía a la perfección y de que no había tiempo para explicaciones. Amber lo sabía todo. Y no iba a apoyarlo.

Como no respondía, Amber se giró hacia Alim y le dijo:

–¿Y tú vas a permitir que lo haga, verdad? Lo ha dejado todo por ti mientras tú jugabas a ser una estrella, estabas en África y te hacías el héroe. ¿Alguna vez te ha importado lo que él quisiera? ¿Se lo has preguntado al menos una vez?

Después del arrebato de Amber, lo único que se oyó en la habitación fue su respiración acelerada. Ella miró a Alim, que, a su

vez, estaba mirando a Harun con culpabilidad. Entonces, Amber se giró hacia él y lo retó con la mirada. No iba a echarse atrás y no iba a permitir que Harun le quitase importancia a aquello con sus bonitas medias verdades.

El problema era que a él se le había quedado la mente en blanco. Hacía tanto tiempo que nadie le exigía que dijese la verdad o dejaba sus sentimientos al descubierto, que no supo qué decir.

Amber volvió a dirigirse a Alim.

–Quiero que sepas que Harun nunca me ha dicho nada de eso. Fue Fadi quien lo hizo. Espero que hayas disfrutado de tu vida, porque la has tenido gracias al sacrificio de Harun. Y está dispuesto a volver a sacrificarse. Por una vez, Alim, compórtate como un hombre de verdad.

Después apartó la mano de la de Harun, se dio la vuelta y salió corriendo de la habitación.

Harun la vio alejarse, todavía no tenía palabras. Destrozada y traicionada, todavía le era leal, hasta el final. ¿Por qué no se había dado cuenta hasta entonces de lo fiel que le había sido?

Lealtad, valentía y deber… Amber era la personificación de las tres cosas y él nunca se lo había merecido.

–¿Me has odiado durante todos estos años? –le preguntó Alim.

Había culpabilidad en su mirada y, antes de que a Harun le diese tiempo a contestarle, volvió a hablar.

–No. No seas educado, no seas el jeque o el hermano perfecto en esta ocasión. Sé sincero. ¿Me has odiado por haber tenido la vida que quería a tu costa?

Harun había esperado durante años a que Alim se diese cuenta de lo que estaba haciendo, a que le preguntase. Durante años, había llevado unas cadenas que debían haber sido de su hermano, pero en esos momentos, cuando por fin le hacía la pregunta, ya no sentía su peso.

–Lo que odiaba era que nunca me preguntases qué quería yo.

Entonces frunció el ceño.

–¿Qué quieres decir con lo del hermano perfecto?

Alim hizo un gesto de dolor y se frotó las cicatrices que tenía en el cuello y en la cara.

–Necesito el bálsamo de Hana –murmuró–. No finjas que no sabes lo que quiero decir. Para Fadi, siempre fuiste el importante. Aunque yo estuviese en casa, solo me mandaba trabajos de segunda categoría, siempre iba detrás de ti.

–Nunca me di cuenta.

Alim se encogió de hombros y se apartó en silencio.

Harun pensó que nunca se había dado cuenta de que eran tan parecidos.

–Debió de dolerte –añadió, dándose cuenta de que su hermano no iba a hablar.

Su hermano se encogió de hombros y se frotó la cicatriz, y Harun reconoció aquel mecanismo de defensa. Pensó que Amber también lo habría reconocido… y habría intentado llegar a él desde otra posición.

De repente, a Harun le entraron ganas de sonreír. Él había estado ciego en muchos aspectos durante mucho tiempo… Y Amber lo conocía tan bien. Debía de haberlo estudiado desde la distancia. O tal vez fuese solo el destino. O el amor.

Lo vio tan claro que le sorprendió. ¿Qué significaba eso?

–¿Sabes lo que es sentir que no estás a la altura de tu hermano pequeño en el funeral de tu propia madre? –inquirió Alim de repente–. Fadi jamás permitió que lo olvidase. Consiguiese lo que consiguiese, hiciese lo que hiciese, nunca estaba a tu altura.

–¿Eso te decía Fadi?

–Todo el tiempo.

Y Harun se dio cuenta de que su indestructible hermano era en realidad un hombre como otro cualquiera, que también estaba perdido y dolido.

El problema era que no tenía ni idea de qué hacer al respecto.

–¿Y me odiabas por eso? –balbució.

Alim asintió suavemente y él lo comprendió.

–Lo siento –le dijo por fin, aunque no sabía por qué se estaba disculpando.

Alim volvió a encogerse de hombros como si no tuviese importancia, pero Harun se dio cuenta de que algunas cicatrices solo sangraban cuando se abrían y otras, sangraban siempre.

–¿Y qué te hubiese gustado hacer con tu vida mientras yo estaba por ahí, haciéndome rico y famoso? –intentó decir Alim en tono cortante, pero sonó a broma.

Harun sonrió. Solo quería que ambos se olvidasen del sufrimiento pasado.

–Ven aquí, *akh*. No he cambiado. Piensa. Recuerda.

Alim frunció el ceño y después dijo:

–¿La historia y los libros que siempre te gustaron desde pequeño? ¿Quieres ser profesor?

–Casi, casi –le contestó él, sonriendo más–. Arqueólogo.

–¿De verdad? –preguntó Alim riendo–. ¿Quieres pasarte la vida buscando huesos y trozos de cerámica?

–Eh, hermano mayor, que tú te has pasado años jugando a los coches –le recordó él riendo.

Alim rio también.

–Bueno, visto así… Está bien, yo voy a madurar y tú vas a poder hacer pasteles de barro.

La risa los relajó a ambos.

–Entonces, ¿no tienes nada que objetar?

–No tengo derecho a oponerme a lo que quieras hacer. Te prometo que haré bien mi trabajo, así que no te molestes en volver a casa durante, al menos, los próximos trece años.

Harun lo miró, su expresión se endureció.

–Gracias, pero todavía no voy a marcharme. Antes tengo que hacer algo.

Alim inclinó la cabeza.

–Has dicho que no ibas a oponerte a lo que quisiera hacer –le advirtió Harun–. Antes tengo que renunciar públicamente a mi puesto. Tendré que desaparecer hasta que todo el mundo te haya aceptado, si no, nuestros amigos volverán a intentar…

–Supongo que sí, aunque eres lo único que me queda, Harun. Cuídate, hermanito. No dejes que llore solo en tu funeral.

Alim se puso delante de él y Harun se dio cuenta por primera vez que era más alto que él.

–Lo hago por ti. Yo soy el soldado de la familia, así que tengo que ir a por ellos, si no, ni tú ni la mujer a la que amas estaréis seguros.

–¿Y si no quiero que lo hagas? ¿Y si te digo que sin ti no tengo nada?

–¿Y Hana?

Su hermano apretó la mandíbula.

–Ese tema no está abierto a discusión, lo mismo que tu relación con Amber. Sé que te vas a marchar, pero antes quiero saber si lo haces porque me odias por la muerte de Fadi… o si puedo tener la esperanza de que algún día me perdones.

Harun tardó en responder.

–Fadi tomó sus propias decisiones –dijo por fin–. Siempre lo supe. Amaba a Rafa y no quería casarse con ninguna otra mujer por motivos políticos. No creo que él quisiese morir, sino que solo quería escapar de su destino durante unos días.

–Gracias –le respondió Alim.

Él se encogió de hombros.

–Ambos nos dimos cuenta de que no era feliz, pero yo no supe qué hacer. No tenía nada que ofrecerle. Tú le ofreciste que escapase durante unos días porque lo querías. Su muerte fue un trágico accidente, un accidente que te ha marcado más a ti que a mí. Nunca te he culpado.

«Solo por haberte marchado cuando más te necesitaba», pensó, pero no lo dijo. Bastante peso llevaba ya Alim sobre sus hombros. Esperó que Hana le hiciese feliz.

–Gracias, *akh*.

Aquellas dos palabras dichas con el corazón sirvieron para sanarlos

a ambos. Y Harun se preguntó cuándo había sido la última vez que le habían hablado así. Fadi nunca había sido de palabras bonitas, con una palmada en la espalda le valía.

Entonces pensó que Amber también le había hablado con el corazón cuando le había pedido una luna de miel, los dos solos.

–Tengo que ir a buscar a Amber –le dijo a su hermano.

Alim asintió.

–Hazlo, hermano. Creo que ya va siendo hora de que le digas lo que sientes por ella.

Harun lo miró sorprendido y Alim sonrió.

–Lo vi en tu cara el día que la conociste y lo he visto en la manera en la que la miras hoy. Es lo mismo que siento yo por Hana.

–¿Sabías… lo que sentía por Amber? –le preguntó Harun.

–¿Por qué crees que me marché? Me di cuenta de cómo me miraba, pero también supe que el que le gustaba era el piloto famoso. Además, no era el hombre adecuado para ella. Y sabía que tú asumirías la responsabilidad y te casarías con ella.

–¿Y tú con Hana?

–Hana está huyendo de las habladurías. Piensa que no merece ser mi esposa. Y su familia opina lo mismo. Su padre me dijo que me olvidase de ella, pero no puedo hacerlo. ¡Cómo si la sangre importase, cuando todos descendemos del mismo hombre!

Harun se encogió de hombros.

–La teoría de que todos descendemos de Abraham, y la realidad de formar parte de la realeza o ser hija de un minero son muy distintas. No obstante, estoy de acuerdo contigo. Hana es una heroína, pero lo que cuenta es lo que piense ella.

–Siento haberte hablado así –le dijo Alim más tranquilo.

–No pasa nada.

–Vete a buscar a Amber.

Y Harun se marchó.

Tardó más de una hora en encontrarla y se llevó una sorpresa más. Estaba en la biblioteca, leyendo un libro sobre arqueología. Levantó la vista al oírlo llegar y luego volvió a bajarla y siguió leyendo.

–Lo siento –le dijo Harun–. Sé que solo querías ayudarme.

–¿Qué planes tienes? –le preguntó ella después de pasar una página.

–Me marcho esta noche. Tengo que averiguar quién nos secuestró y por qué. Alim no estará a salvo hasta que no haya hecho justicia.

–Adiós –le contestó ella–. Disfruta de la escapada.

–Amber, por favor, compréndeme. Tengo que hacerlo.

–Y, por supuesto, yo estaré más segura aquí, sola.

–No te comportes como una niña.

–Lo siento. Vete a salvar a tu hermano, a tu nación y a todo lo demás. Al fin y al cabo, ¿no es él lo único que tienes? ¿No están tu deber con tu hermano y con tu país por encima de todo? ¿Por encima de mí?

–Tengo que hacerlo, Amber. Cuando termine, volveré a buscarte –le aseguró, intentando sonreír–. Quiero que vayamos de luna de miel.

Al oír aquello, Amber cerró el libro de un golpe.

–Me cuesta creer que habrá un futuro cuando podrían matarte –le dijo con voz llorosa antes de levantarse de un salto y salir corriendo de la habitación.

Harun supo que se había puesto a llorar e intentó alcanzarla, pero se había marchado a la parte del palacio reservada solo para las mujeres, donde ni siquiera Alim podía entrar.

Capítulo 13

Cuatro meses después

–Rechazo cualquier puesto que pertenezca por derecho a mi hermano, al que le he entregado todo el poder. Me marcharé de Abbas al-Din esta noche y no volveré en mucho tiempo. Le deseo a mi querido hermano felicidad en la vida que Dios ha elegido para él, y apruebo su elección de esposa. Hana al-Sud es una mujer fuerte, buena y leal que merece ocupar el lugar más alto. Muchas gracias y buenas noches.

Amber volvió a ver por televisión cómo Harun bajaba del podio en el congreso. Había sido una comparecencia de cinco minutos ante las personas que sospechaba que los había secuestrado. Después de aquello, había desaparecido. Nadie había vuelto a verlo.

Al menos, ella no sabía nada. Y suponía que Alim se lo habría dicho si hubiese tenido noticias, pero estaba muy ocupado, tomando las riendas del poder, organizando su boda y pasando todo el tiempo posible con Hana.

Apagó la televisión enfadada y se dijo por enésima vez que no volvería a ver aquellas imágenes, aunque supiese que lo haría.

Faltaban dos días para la boda de Hana y Alim y no sabía si Harun acudiría. Ya lo había esperado para la fiesta de compromiso, se había arreglado… para nada.

Alim no tenía padrino. Había dicho que, si Harun no volvía, no quería a ningún otro.

Y ella entendía cómo se sentía.

Miró por la ventana y deseó tener alas para poder escapar de allí, pero en esa ocasión estaba rodeada de cientos de sirvientes que la atendían y observaban todos sus movimientos. Así que, hasta que Harun volviese a liberarla, tendría que seguir allí encerrada.

Dos días después

–Bueno, hermano, he oído que no tienes padrino.

A una hora de la ceremonia, ya vestido con sus mejores galas, Alim se giró y vio a Harun en la puerta de su habitación, sonriendo.

Y se acercó a darle un abrazo.

–*Akh*, mi hermano pequeño, gracias a Dios que estás vivo –le dijo, temblando–. Pensé…

–Casi no me dejas respirar –protestó Harun en tono de broma–. Estoy bien y, cuando vuelvas de la luna de miel, te contaré lo que he averiguado.

Alim retrocedió y luego volvió a abrazarlo.

–No sabes lo dura que ha sido la transición sin ti, cómo te he echado de menos.

–He trabajado día y noche durante los últimos meses para poder estar aquí hoy.

Alim lo miró y frunció el ceño.

–Da la sensación de que vas a desmayarte en cualquier momento. Ven, tómate un café. No te puedes dormir durante la ceremonia –le dijo Alim, haciéndolo pasar–. Yo llevo todo el día bebiéndolo.

Harun rio y sacudió la cabeza.

–No me extraña que estés tan nervioso. ¿Por qué? Si Hana te quiere.

Alim se puso serio.

–Ya sabes que su primer matrimonio fue una farsa. Esta noche va a ser su primera vez, nuestra primera vez. Si no…

Harun levantó la mano para hacerlo callar.

–Te quiere y será tal y como siempre ha soñado, porque tú eres el hombre con el que siempre ha soñado.

–Gracias por decirme justo lo que necesitaba. No puedo creer que hayas vuelto por mí.

–Ah, ya me conoces. Siempre estoy cerca cuando se me necesita.

Alim le quitó la taza de café y le dio otro abrazo.

–No te merezco, pero le doy las gracias a Alá todos los días por tenerte –le dijo.

–Me estás ahogando otra vez, y me vas a arrugar el traje de padrino.

–¿Quién os secuestró? –le preguntó Alim de repente, soltándolo.

Como respuesta, Harun le dio la carpeta que se le había caído con el primer abrazo.

–Todo el grupo está fuera de juego.

–Umm.

Alim leyó los documentos por encima.

–Jamás habría sospechado de los clanes Jamal y Hamor, pero, sí, son muy tradicionales. Y con la ayuda de nuestros vecinos más conservadores, podían intentarlo. Creo que va siendo hora de que también hagamos algo con estos.

–Ya está todo hecho, mi señor –le dijo Harun, haciéndole una reverencia y riendo otra vez–. Te he dicho que he trabajado día y noche. Ahora, disfruta de tu boda. Va siendo hora de que vayas a esperar a tu novia.

Y, dicho aquello, lo empujó hacia la puerta.

El banquete nupcial fue excelente y Harun no pudo evitar pensar que podría haber tenido una boda parecida si hubiese sabido que Amber lo deseaba tanto como él a ella…

Pero en esos momentos hasta los recuerdos de los dos días que habían pasado juntos le parecían falsos. Vestida de manera tradicional, tapada de los pies a la cabeza, a excepción de la cara, Amber estaba sentada en la mesa real entre dos primeras damas, hablando solo con ellas. Estaba más delgada y pálida, y no iba maquillada. Su mirada estaba desprovista de emoción y no movía las manos al hablar.

Había palidecido al verlo junto a Alim y había evitado su mirada en todo momento. Seguro que en cualquier momento se disculpaba y volvía a recluirse en la zona de palacio reservada a las mujeres.

Así que Harun decidió abordarla.

–Desearía hablar contigo, esposa.

Ella giró la cabeza y separó los labios, sorprendida, pero supo que no podía montar una escena ni negarse a hablar con él.

Sus miradas se sonrojaron y sus ojos brillaron de indignación.

–Como sin duda ves, marido, en estos momentos estoy ocupada –le dijo en tono ligeramente sarcástico.

Pero las dos mujeres que había a su lado se levantaron inmediatamente e insistieron en dejarla hablar con su marido.

Enfadada, se levantó, pero Harun la tomó de la mano sonriendo y se la llevó al balcón que había en la parte trasera de palacio, donde no podía acceder la prensa y no había nadie.

Una vez allí, Amber se zafó de él y se cruzó de brazos, expectante.

–¿Me odias por haberme marchado tanto tiempo? –le preguntó él, sabiendo que no era momento para bromas.

Ella suspiró y miró hacia la oscuridad de la noche.

–¿Por qué no me dices qué quieres de mí en esta ocasión, para que podamos seguir cada uno con nuestra vida?

La pregunta lo confundió, pero decidió no seguir por ahí.

–Te veo muy delgada –comentó–. ¿Te encuentras bien?

–Estoy bien, gracias –respondió ella con frialdad.

–Eres mi esposa y he vuelto a buscarte, como te prometí.

–Como si fuese un paquete que te hubieses dejado olvidado, ¿no?

–No, como una esposa que pensé que entendería que lo primero era cumplir con mi deber.

Ella suspiró.

–Dime qué quieres –insistió.

Harun sacudió la cabeza.

–No lo entiendo. Eres mi esposa. He vuelto a buscarte.

–Tu esposa –repitió ella en tono monótono–. Eso dijo el imán que nos casó, ¿no? ¿Qué es una esposa para ti?

Era evidente que Amber había tenido mucho tiempo para pensar.

–Yo creo que ya sabes lo que es para mí una esposa –le dijo él en tono provocador para romper el hielo.

Ella arqueó las cejas con incredulidad, pero guardó silencio.

–Está bien, Amber, no sé qué es para mí una esposa, pero sé lo que quiero. Quiero esos dos días que tuvimos juntos. Quiero volver a tenerlos. Quiero un luna de miel contigo, quiero que encontremos la vida que ambos queremos.

Ella rio con cinismo.

–¿La vida que ambos queremos? –inquirió–. ¿Qué quiero yo, Harun? ¿Acaso sabes tanto de mí? ¿Sabes algo de mí?

–Sé que eres valiente, bella y leal, aunque no me lo merezca –le respondió él en voz baja–. Sé que me has dado muchas oportunidades, y que me has perdonado una y otra vez. Sé que eres la esposa que quiero, la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida, pero, tienes razón, no sé qué es lo que tú quieres. Por eso estoy aquí, para averiguarlo. ¿Acaso eso no cuenta nada?

–Ahora mismo, no –respondió ella, con los brazos en jarras, sin mirarlo.

–Está bien, Amber, lo entiendo.

Ella dejó escapar una carcajada.

–Lo entiendo, de verdad –insistió Harun–. Te estás escondiendo de mí como he hecho yo durante los tres últimos años. No me lo vas a poner fácil y no te merezco.

La agarró y la apretó contra su cuerpo.

–¿Se me escapa algo?

–Tú sabrás –replicó ella.

–Ah, gracias, *joharati*. Eso quiere decir que sí –le dijo él sonriendo–. Ah, claro… todavía quieres saber qué es para mí una esposa.

Amber levantó la barbilla.

–Tú –añadió él–. Eso es todo.

–No –replicó ella–. No intentes convencerme con palabras bonitas y cumplidos. Pensé que estabas muerto, que… te habían matado. O que no ibas a volver nunca.

Se volvió hacia él con los ojos llenos de dolor.

–Te quería. Te quería con todo mi ser. Te di todo lo que tenía y tú te marchaste. Me dejaste por un hermano que te había abandonado y traicionado. ¿Tienes idea de lo que me has hecho?

–Es mi familia, Amber. No tenía elección. Era mi deber.

–¿Y yo? –gritó ella–. ¿Era tu deber seducirme y abandonarme, hacerme daño como te lo hizo a ti Alim? He estado tres años intentando que lo nuestro funcionase, pero no puedo más. He intentado enseñarte que amar no consiste en manipular ni en hacer chantaje emocional, pero no has querido verlo. Estoy cansada de darme cabezazos contra la pared. ¡Cree a Fadi y no a mí y pasa el resto de tu vida solo!

Luego corrió hacia las puertas del balcón.

«Amar no consiste en manipular ni en hacer chantaje emocional… Cree a Fadi…».

Eso era lo que Fadi había hecho con él desde que era niño y Harun no se había dado cuenta hasta entonces.

Se dio cuenta de que no podía perder a Amber.

–Te quiero –le dijo.

Ella ya tenía la mano en el pomo de la puerta, pero se giró. Y Harun volvió a sentirse esperanzado…

–No pensé que podrías llegar a ser tan cruel, después de lo que te han hecho. No vuelvas a utilizar esas palabras contra mí nunca jamás.

Cuando Amber se marchó, Harun se apoyó en la barandilla, se sentía desprotegido. Era el hombre más tonto del mundo.

Capítulo 14

Eran las tres de la madrugada y Harun estaba en la carretera, respirando aceleradamente. Estaba a unos quince kilómetros de palacio y a los guardias les estaba costando trabajo seguirle. Hacía horas que Alim y Hana se habían marchado a su suite nupcial. Después de despedirlos, Harun había comprobado que a los invitados no les faltaba nada de comer ni de beber. Había charlado amistosamente con varios jefes de Estado a los que conocía desde hacía años, había advertido a sus vecinos que no se fiasen de determinadas personas y, en general, había sido el anfitrión perfecto.

«El anfitrión perfecto, el hermano perfecto», pensó en esos momentos con ironía. «¿Por qué no puedo ser también el marido perfecto?».

Deseó saber cómo podía ser todo lo que Amber quería…

Al parecer, se le había pasado algo por alto, porque había pensado que quería oír que la amaba.

Eran las cuatro cuando llegó a una conclusión irrefutable: solo tenía una manera de averiguarlo. Dio la vuelta y volvió a palacio, para alivio de sus guardias.

Cinco de la madrugada

–Mi señor, ¡es la ley! ¡No puede entrar en este lugar!

–A no ser que sea el jeque en el poder o que la mujer en cuestión sea mi esposa. Conozco la ley. ¿Acaso hay ahí dentro otra mujer que no sea mi esposa?

–La doncella, mi señor.

–Entonces, le sugiero que la haga salir inmediatamente. Le daré tres minutos y luego entraré. Y le sugiero que no discuta conmigo.

–Su esposa está durmiendo. ¿Va a despertarla?

–No, no está durmiendo. Está detrás de la puerta, escuchando. Me habrá oído entrar gritando. Sabía que estaría despierta, si no, no habría venido.

Amber no pudo evitar esbozar una sonrisa, Harun había sabido que estaría esperándolo.

–Déjalo entrar, Tahir –dijo, abriendo la puerta–. Le diré a Sabetha que se marche.

La doncella, que se había despertado con las voces, salió. Y Harun pasó por delante del guardia.

–No se quede escuchando. Si hay algún rumor acerca de esto, ambos perderéis el trabajo.

–Queremos a la señora Amber, mi señor –dijo Sabetha con dignidad.

–Y yo os agradezco vuestra lealtad. Siento haberos insultado.

Sabetha sonrió con cariño. Tahir también sonrió, pero de manera comprensiva. Había perdonado a su señor.

Este entró en la habitación y cerró la puerta, pero en vez de hablar, la miró hasta que Amber no supo dónde meterse.

–¿Y bien? –le preguntó casi sin aliento.

–Eres la cosa más bella que he visto y veré –le dijo él en voz baja y sincera–. Lo pensé la primera vez que te vi y sigo pensándolo.

Ella levantó la barbilla para que viese que tenía el rostro con manchas y estaba despeinada.

–Llevo seis horas llorando y odiándote, así que será mejor que me digas algo diferente. Te doy cinco minutos para que me des un buen motivo para que te deje seguir aquí.

–Que hayas llorado por mí solo hace que te vea todavía más guapa.

–No está mal. Te quedan cuatro minutos y cuarenta y cinco segundos.

Él cerró los ojos.

–Solo sé amar cumpliendo con mi deber. Y siempre he pensado que era lo único que podía dar –le dijo, abriendo los ojos y agarrándola por los hombros–. Los dos días que estuvimos juntos, me sentí como si estuviera volando. Y los últimos meses me he sentido como si me estuviera muriendo. Te necesito, Amber. Por favor, ¿puedes enseñarme a ser feliz? Porque, sin ti, jamás lo seré. No puedo dormir ni comer, solo puedo pensar en tocarte y en estar otra vez contigo.

La abrazó y ella no pudo apartarlo.

–No me eches, Amber, porque no me iré. Enséñame las palabras que quieres oír. Diré lo que necesites, cueste lo que cueste, porque ahora mismo te necesito más que respirar. Lo eres todo para mí.

Ella enterró el rostro en su cuello.

–Y yo a ti, te necesito –susurró–. Ya has dicho todo lo que necesitaba saber.

–Salvo una cosa –murmuró él entre beso y beso–. Que te quiero, Amber. Te quiero desde el día en que te conocí, pero no sabía cómo decirlo, ni podía creer que tú también me quisieses a mí.

–¿Y ahora ya lo crees?

–Lo supe el día que le gritaste a Alim. Y esta noche me has dado una lección importante: tengo que confiar en nuestro amor y hablar contigo –le dijo, mordisqueándole los labios–. No volveré a poner nada por delante de ti. A partir de ahora, tú eres mi familia y mi deber. Mi deseo y mi pasión. Mi joya.

–Soy tan feliz –dijo ella, llorando y besándolo–, pero quiero que me demuestres tu deseo y tu pasión. ¡Te he echado tanto de menos!

Harun no necesitó oírlo dos veces. Mientras se devoraban a besos y se decían palabras de deseo, fueron a tropezones hasta la cama.

Más tarde esa mañana

El sol estaba ya muy alto cuando Harun despertó.

Amber estaba acurrucada contra él. Sonrió y le dio un beso en la cabeza. Luego le dio gracias a Dios por haberlo ayudado a volver a encontrarla.

Hicieron el amor dos veces, primero de manera desenfrenada y después despacio. Se dijeron palabras de deseo y de amor durante las cuatro siguientes horas.

Había llegado el momento de dar el siguiente paso.

–Amber, mi amor, tenemos que hablar. He hecho unos planes que espero que te gusten.

–Umm, umm –respondió ella, besándolo–. Dime.

–¿Me estás escuchando? –le preguntó él riendo mientras ella le acariciaba el torso.

–Siempre te escucho. Umm –contestó sin dejar de besarlo–. Date prisa, *habibi*, han pasado dos horas desde la última vez que me has hecho el amor y te necesito.

–He reservado dos plazas en un yacimiento que está a media hora en coche de la universidad de Araba Numara… y mientras yo hago el doctorado, tú terminarás tu curso.

Ella se quedó inmóvil de repente.

–¿Cómo sabes lo de mi curso?

–Sé todo lo que has estado haciendo en los últimos cuatro meses, y estoy orgulloso de ti.

–Entonces, ¿te parece bien?

–¿Que si me parece bien? ¡Por supuesto! ¡Te quiero!

–Viviremos en las mismas tiendas que el resto, te lo advierto. Y eso significará que no podremos hacer un bebé hasta que hayas terminado tu curso.

Ella volvió a mirarlo, casi maravillada.

–¿No te importa esperar para tener hijos?

–He esperado mucho tiempo para tenerte a ti, así que puedo esperar un poco más para formar una familia.

–Te quiero –volvió a decirle Amber.

Y él la colocó encima de su cuerpo. Volvía a sentirse como si estuviese volando…

Epílogo

Ocho años después

–¡Es una niña!

Harun frunció el ceño y levantó la vista de los restos que acababa de desenterrar y frunció el ceño al oír la voz emocionada de su esposa.

–¿Umm? ¿Qué?

–Harun, tenemos una sobrina nueva. Hana ha tenido una niña hace una hora.

–Estupendo. Mira lo que he encontrado, *joharati*. ¿Crees que esta jarra de cerveza es sumeria?

–Harun, mírame –le dijo ella–. Hana ha tenido una niña hace una hora. Le han puesto Johara.

Él la miró a los ojos y se dio cuenta de que tenía que volver al presente. Parpadeó e intentó centrarse en lo que solo había escuchado a medias.

–¡Eso es estupendo! Por fin tenemos una sobrina. A Kalila le va a encantar.

Su hija de cinco años siempre se quedaba fuera de los juegos con su primo. Era muy femenina y le gustaba estar siempre limpia y solo estaba contenta en la excavación cuando Naima iba a pasar las vacaciones con ellos. Kalila adoraba a su prima.

Por otra parte, a su hijo Tarif, que todavía no había cumplido los cuatro años, le encantaba jugar con sus primos varones, aunque en la excavación solo podía jugar con su padre cuando este terminaba de trabajar.

–He pedido el jet para el lunes. Ya sabes que después no podré volar –le dijo, recordándole que estaba embarazada de veintisiete semanas–. Y estoy deseando ver a mi nueva tocaya.

–Por supuesto –le contestó Harun sonriendo–. Seguro que le han puesto ese nombre por ti, joya mía.

Amber se echó a reír.

–No te burles de mí, sobre todo, estando en este estado tan delicado.

–Sí, muy delicado. Por eso gateaste delante de mí por una cámara subterránea hace cinco días.

Por no mencionar cómo le había hecho el amor la noche anterior. Si no hubiesen planificado la familia cuidadosamente, a esas alturas ya tendrían seis hijos.

Ella prefirió no responder a aquello y le dijo:

–Sí que parece el asa de una jarra, y del periodo que tú dices. Es una pena que no sea amalecita. Es una pieza muy buena, pero creo

que deberías llamar a tu familia para felicitarlos antes de que te vuelvas a perder en el periodo sumerio otra vez –le sugirió, dándole un beso.

–Si vuelves a besarme así me olvidaré del periodo sumerio y también de nuestra nueva sobrina –bromeó él.

–Será mejor que lo dejemos para esta noche. Ahora tengo que ir a ver a Tarif, que no tardará en despertarse, pero quiero que me cuentes lo de la jarra. Y llama a Alim. Que no se te olvide llamar a Naima también. Dile que pasaremos a recogerla en cuanto lleguemos, si a Buhjah le parece bien.

Él sonrió y se despidió con la mano y Amber volvió a su tienda familiar, donde Tarif todavía dormía y Kalila estaba con su profesor de matemáticas.

Harun, sonriendo como siempre que acababa de estar con Amber, sacó el teléfono para llamar a su familia.

Se sentía un hombre afortunado.

FIN

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

